



Gabriela Mistral: única y diversa

© Pedro Pablo Zegers Blachet

Índice

- [Gabriela Mistral: única y diversa](#)
 - [Mundo familiar](#)
 - [Primeras publicaciones](#)
 - [Gabriela maestra](#)
 - [La mujer](#)
 - [Tierra americana](#)
 - [La justicia social](#)
 - [Amor a la naturaleza](#)
 - [El amor y la muerte](#)
 - [Maternidades](#)
 - [La religiosidad](#)
 - [Arte poética](#)
 -

- [Voces sobre Gabriela](#)

Gabriela Mistral: única y diversa

Pedro Pablo Zegers Blachet

Presentación

El Nivel de Educación Básica del Ministerio de Educación se ha sumado, a través de varias iniciativas, a los merecidos homenajes que recuerdan los sesenta años del Premio Nobel de Literatura otorgado a nuestra gran escritora y educadora Gabriela Mistral. Una de estas iniciativas es la publicación de la obra *Gabriela Mistral: Única y diversa*, del investigador Pedro Pablo Zegers Blachet.

Sus lectores encontrarán en ella un recorrido panorámico que abarca, entre otras temáticas, su infancia y entorno familiar; las primeras publicaciones aparecidas en diarios de su región bajo el nombre de Lucila Godoy Alcayaga y primeros seudónimos, hasta llegar al definitivo; su experiencia como maestra vertida en certeras y visionarias ideas sobre la escuela y la educación, las que continúan sorprendiéndonos por su contemporaneidad; su preocupación por la justicia social y su concepción de una religiosidad muy unida a la Biblia, pero con un profundo afinamiento en la naturaleza, la vida cotidiana y la relación entre los seres humanos.

Tendremos la oportunidad de conocer más de su prosa y su poesía, y escuchar su voz a través de fuentes de «primera mano» que nos van abriendo las puertas del desarrollo humano y poético de esta indiscutible gran escritora. Escucharemos también otras múltiples voces de destacados creadores chilenos y extranjeros, que han reconocido sus méritos en distintos momentos.

Esta publicación será enviada a escuelas del sistema, para que sea disfrutada por sus docentes y estudiantes. Además, por su interés y calidad, será entregada por el MINEDUC como obsequio a profesionales de la educación y visitas, quienes podrán así conocer parte de la extensa obra de nuestra Gabriela Mistral.

Agradecemos especialmente a la DIBAM, a la Biblioteca Nacional de Chile, al Archivo del Escritor y a Pedro Pablo Zegers tanto la entrega generosa de este valioso texto, como de la galería de fotografías, muchas de ellas poco conocidas, y que complementan bellamente tanto el contenido como el diseño.

CARMEN SOTOMAYOR E.

Coordinadora Nivel Educación Básica.

Mundo familiar



Gabriela por ella misma

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

«Me llegan hoy unos periódicos de mi provincia que traen una disputa en torno del lugar de mi nacimiento. La Unión de Valparaíso ha dicho que nació en la aldea llamada Coquimbito, que es una perteneciente a Los Andes. Yo viví en esa aldea desde la cual iba a dar mis clases al Liceo todas las mañanas. La mayor parte de los versos de Desolación, están escritos en Los Andes, ciudad donde pasé siete años trabajando como profesora de geografía y de castellano. Hice como en cualquier parte una vida de retraining en el aspecto social; pero no habiendo ninguna influencia de las gentes de esa región sobre mi obra, la hay mucha del paisaje de la montaña. Conocí lado a lado la vida del campesino de Aconcagua que en mi memoria se me une al campesino de Coquimbo en un solo bloque.

Otra disputa hay sobre si mi nacimiento ocurrió en el pueblo llamado La Unión que está en el fondo del valle de Elqui, donde comienza la cordillera viva, o si ocurrió en Vicuña capital del departamento de Elqui. Mi buena gente de La Unión, a quien yo quiero mucho, alega con algunas razones válidas. Mi padre era maestro en ese pueblo, desde poco antes de su matrimonio, y yo hubiese nacido allí, si una consulta médica de mi madre no la hubiese llevado en un viaje rápido a Vicuña, donde vine a nacer, por accidente, el 7 de abril de 1889.

... En los diarios que acabo de recibir viene mi fe de nacimiento exacta, que contiene sin embargo un error en el nombre de mi madre que se llamaba Petronila.

La verdad es que yo miro como mi tierra de origen la aldea anterior a La Unión donde pasé mi infancia de los tres a nueve años, y que se llama Montegrande, y en la cual mi hermana Emelina Molina fue maestra durante este mismo tiempo. Yo creo que el país de la infancia es el verdadero país de origen (le digo país en el sentido de región).

De cualquier manera, la disputa es muy ingenua y graciosa, pues el valle es una sola cosa desde Vicuña hasta el pie de la Cordillera, y yo no entiendo sino como una jugarreta regional el que los periodistas de mi provincia gasten papel y tinta en este asunto ¡chiquito!

Veo en los mismos diarios de la discusión, que se habla de la casa número tal de la calle Maipú, donde yo nací, diciendo que se han tomado de ella algunos dibujos y que el día del centenario de mi ciudad de Vicuña, adornaron su frente en recuerdo de la ausente. Esa casa del número y de las flores, no es la mía, porque la vieja casa de mi nacimiento, que estaba en ese lugar, se cayó hace años y no fue reedificada sino en la parte de la casa vecina. Alguna vez pensé yo en comprar el solar baldío de la casa verdadera, porque los árboles de ese huerto fueron todos plantados por mi padre, que además hizo en el centro una fuentecita donde bañarme. Sus árboles tienen exactamente mi edad. Las demás casas que se cuentan son pura novelería».

La madre

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

«Mi madre vivió hasta los 84 años. Era una mujer muy hermosa y muy delicada, cuya voz que convendría oír me habla siempre en el recuerdo como la más perfecta voz humana que yo haya escuchado. A esa voz suave y patética se le había subido la caridad maravillosa de su corazón».

Página de mi alma

(Dedicada a mi madre)

Porque entre las asperezas de mi vida, se abra como una rosa pálida bañada por los resplandores melancólicos del crepúsculo de mi tristeza; porque de entre sus pétalos entreabiertos nace el aroma embriagador de su amor que aspiro con delirante ansiedad, como una esencia de vida, como un soplo que acaricia fresco y puro el corazón abrasado por las ascuas candentes del dolor.

Porque la he visto alzarse sobre el lodo pútrido del mundo, sin que a sus hojas de una albura eucarística lleguen los efluvios infectos de ese fango donde se revuelcan los microbios malditos de las pasiones.

Porque en el cielo siempre negro de mi suerte las ilusiones y las esperanzas han brillado un instante solo y apagado sus falsos fulgores por el soplo del desengaño, he visto brillar con más sinceridad el astro mágico de su amor que me envía sus caricias de luz para alumbrar en el abismo horroroso de mi infortunio.

Por eso mi alma le ha dedicado una página de su libro misterioso...

Cáliz donde he vaciado la hiel de mi amargura; he creído mil veces que fuera a desbordarse, y hoy solo he descubierto que si siempre tiene un vacío donde depositar el líquido maldito, es porque la flor eterna y lozana de su amor de madre la cultiva con ese amargo bálsamo.

Arca de diamante: mis lágrimas recogidas por su mano piadosa son las perlas únicas que guarda; y con ese insípido tesoro que el mundo habría despreciado, y arrojado con sarcasmo de su alcázar se cree más poderosa que el mismo Dios Oro.

Arpa de vibraciones sublimes y divinas; agita sus cuerdas solo cuando quiere ahuyentar con sus acordes de consuelo y de ternura las remembranzas angustiosas de mi alma, y hacerme volver de mis horrorosos paroxismos de dolor. Dios, que tiene por templo mi corazón mismo y por sacerdote mi afecto, Dios, que en la comunión de su amor me da sus besos como hostias consagradas y en sus santos consejos me da sus mandamientos.

¡He aquí lo que es ella para mi alma!

Lucila Godoy y Alcayaga

La Voz de Elqui, 20 de abril de 1905.

En mi marcha fatigosa por la áspera senda cubierta de abrojos son sus manos exangües las que curan mis pies desgarrados de las heridas hechas por las grietas y las rocas, son las que enjugan en mi frente pálida el sudor del cansancio.

En mis horas de angustiosa desesperación, son sus labios los que posándose en mi boca seca y contraída vierten en ella la miel confortadora de la esperanza, son ellos los que beben mi llanto como si quisieran arrancarle su hiel y su veneno.

En los instantes de silencio sacrosanto, cuando las cuerdas de mi lira claman por ser agitadas, es ella la que vierte en mi mente el torrente de la inspiración, y haciéndome soñar mundos luminosos y países de flores y vergeles, le arranca sus canciones más impregnadas de ternura y sentimiento.

Por eso es la única en el mundo ante la cual se dobla mi rodilla y se inclina humillada mi frente altiva, por eso su voz es la única que me enternece y hace temblar las rocas del corazón, por eso su nombre es el único que en mi historia lo he escrito con diamante. Por eso su recuerdo y su amor navegan como pobres barquichuelos desafiando las furias del mar de mi dolor, por eso la tumba de mi corazón tiene en ella un ciprés doliente que sombrea su losa funeraria.

Cuando el muro muestra con burlesca sonrisa el lujo vano de sus dominios aborrecidos inundados por el mar de la ignominia: cuando el Oro me señala con sarcasmo su alcázar deslumbrador y vano cuyas puertas están cerradas para mí; cuando la Ventura me indica sus costas hermosísimas a las cuales no puede arribar el desmantelado bajel de mi existencia, miro el fondo de mi corazón vacío de alegrías, y entre las sombras de sueño eterno veo resplandecer ese diamante de más valor que todos los tesoros, el diamante de su amor, que brilla allí como una humilde buhardilla indigna de poseerle.

Evocación de la madre

El Hogar de Buenos Aires, 27 de septiembre de 1923.

«Madre, en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos y con éste como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda en mi corazón.

Madre, yo he crecido como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas profundas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado; y tanto se habituaron a mecirme, que cuando yo corría por los caminos, ellas estaban allí, en el corredor de la casa, tristes de no sentir mi peso.

No hay ritmos más suaves entre los cien ritmos derramados por el Primer Músico en el mundo, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y de tus rodillas.

Y a la par que mecías, me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras tuyas juguetonas, pretexto para tus mimos. En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia tan extraña en que la habían puesto a existir, y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras que vinieron después sólo usaron de las visiones y de los nombres hermosos que tú me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme: una hierbabuena del huerto, una hoja de hiedra del corredor, y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú a veces me comprabas, y otras me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes, como los míos; una casita que se desbarataba a poca costa... Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas; el más lindo era para mí tu propio cuerpo. [...]

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño arrobado. Ahora está hablando así también contigo que no le contestas, y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: “-Hija, tu tienes fiebre”. [...]

Gracias en este día, y en todos los días, por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra como una agua que se recoge con los labios y también por la riqueza de dolor que puedo llevar sin morir en la hondura de mi corazón.

Para creer que me oyes, he bajado los párpados y arrojé de mí la mañana, pensando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte todo lo demás que se quiebra en las palabras sin tersura, voy quedándome en silencio...».

Padre errante

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

Mi padre se llamaba Jerónimo Godoy Villanueva. Me han contado pero no sé si el dato sea exacto, que tenía relación próxima de parentesco con los Vallejo, de la familia de Jotabeche.

La madre de él se llamó Isabel Villanueva, y ella representa una de las memorias humanas más nobles que yo tenga. He escrito algunas semblanzas de ella.

Mi padre se educó en el Seminario de La Serena hasta el último año de estudios; era un buen latinista; hablaba un bello francés; dibujaba con mucha facilidad; tenía una pasión del folklore musical del norte, y hacía excelentes

versos de tipo clásico, de los cuales mi hermana conserva un poema dedicado a mí que yo suelo repetir con dulzura y melancolía. Quiso escapar a la presión que ejercía sobre él su madre para hacerlo tomar órdenes, y se fue a La Unión donde se volvió maestro rural, por la fuerza de las circunstancias, y donde se casó al poco tiempo con mi madre.

Unos diez años después, él fue en Santiago director del Colegio de San Carlos Borromeo.

Dejó nuestra casa cuando yo tenía tres años; regresó a visitarnos a Diaguítas, cuando yo contaba unos diez, pero tampoco se quedó con nosotros. Casi toda su vida la pasó en su provincia natal de Atacama, creo que en el valle del Huasco donde su padre don Gregorio Godoy tenía tierra y ganados. Hay sangre suya dejada en esa región, donde él se formó una o más familias accidentales. Había en él igual erratismo que en mí, y nunca vivió mucho tiempo en un mismo lugar; conocía la pasión de la tierra, pero de la geografía caminada, y su vida fue a un mismo tiempo dolorosa y bella, exenta de hábitos burgueses de sedentarismo, y extraña, cuando me la cuentan, como una fábula que me hace llorar. Mi recuerdo de él pudiese ser amargo por la ausencia, pero está lleno de admiración de muchas cosas suyas y de una ternura filial que es profunda.

Canción de cuna

Canción de su padre para ella

Cuando al cielo elevas
los ojos celestes
¿quién te llama, dime,
para allá tornar?
¿con quién te sonríes
piadosa inocente
cuando alzas alegre
tus ojos allá?
¡Oh, dulce Lucila

que en días amargos
piadosos los cielos
te vieron nacer,
quizás te reserve
para ti, hija mía,
el bien que a tus padres
no quiso ceder!
Duérmete Lucila, que el mundo está en calma;
ni el cordero brinca, ni la oveja bala.

La hermana: su maestra

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

Mi hermana materna, Emelina Molina, me dio enteramente la educación recibida en la infancia que en buenas cuentas es la única que tuve y que me fue transmitida puede decirse, en las rodillas fraternas. Reemplazó a mi padre en sus obligaciones familiares, y yo le reconozco el bien definitivo de la asistencia material y moral. El mérito de su formación se me ocurre que sea el de no haber deformado nada en mí, como lo hacen las escuelas mientras más modernas, más pedantes que se conocen en nuestro tiempo, y el haberme enseñado a base de imaginación y de sentimiento, con relatos bíblicos y con la vida del campo. Ella vive todavía, retirada de la enseñanza después de 40 años de hermoso trabajo escolar.

Cuanto sé y quién soy se lo debo a ella. En esa escuela sin tablas en el suelo, de puro barro reseco, barrido con un decoro japonés, allí me fui haciendo el alma, y allí acudieron los primeros ritmos.

En Jaime Quezada, *Gabriela Mistral. Poesías completas: Cronología*.

La maestra rural

A Federico de Onís.

La Maestra era pura. «Los suaves hortelanos»,

decía, «de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz».

La Maestra era pobre. Su reino no es humano.

(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!

Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,

largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?
Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a la de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienas, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

Desolación.

En la siesta de Graciela

Dedicada a su sobrina Graciela, hija de su hermana
Emelina.

El Coquimbo, 25 de octubre de 1904.

¡Dejadla así que hermosa se está mostrando

allí su frente pálida y sombría,
bajo el albo pañal que está velando
su tranquilo dormir del mediodía!

¡Cuan dulce y pura es la sonrisa leve

que entreabre esos labios sonrosados,
con qué gracia en su sien como la nieve
caen sus rizos bellos y dorados!

El fresco aliento de su boca amada,
mil veces lo he aspirado como anhelo,
porque llega hasta mi alma desolada
y de ella ahuyente la amargura, el duelo.

¡Edad feliz, cuyos recuerdos santos
se evocan y el pesar luego lo calman,
y consuelan después en el quebranto
cuando el dolor ha marchitado el alma!

¿Quién ver podrá allá en su hermosa frente
el porvenir que a su destino espera?
¿Quién sabrá los mil sueños de su mente
cuando sonrío dulce y hechicera?
¡Misterios y caprichos del destino,

quién comprendiera vuestro oculto arcano!
¿Por qué hoy sembráis la dicha en el camino
y mañana el pesar nos dais tirano?

¿Por qué las flores y dorados sueños
que en la infancia rodean la existencia
los arrancáis después, ingrato dueño,
y nos dais el dolor por sola herencia?

¡Tal vez mañana aquella frente pura,
alba como la flor de la azucena,
halle el tenaz sufrir y la amargura
reemplace a la alegría que hoy la llena!

¡Por eso es que hoy, cuando este beso puro
he venido a dejar sobre tu frente,
pienso en tu porvenir si será oscuro
o claro cual las aguas de una fuente!

¡Oh! qué feliz seré si, en la mañana,
cuando ya el tiempo mi existir aminore
tú calmas el pesar que mi alma emana
y el llanto enjugas cuando triste llore!

¡Seré feliz cual la marchita planta
que a su lado una nueva ve que crece
que le da vida y savia que le falta
hasta el momento cruel en que perece!

Lucila Godoy A.

Primeras publicaciones





Desde 1904, Gabriela comienza a enviar sus creaciones literarias a periódicos de la zona, como *La Voz de Elqui* y *El Coquimbo*. Firma sus trabajos como Alguien, Soledad, Alma, Lucila Godoy y Alcayaga, entre otros, y como Gabriela Mistral, ya en algunos textos publicados en *La Constitución de Ovalle* en 1908.

LA VOZ DE ELQUI

Interdiario Radical Noticioso i de Avisos

Año IX

Vicuña, 1905

Núm 000

Marzo	23	:	ECOS
Abril	20	:	PAGINA DEL ALMA (Dedicada a mi madre)
Julio	13	:	MI ULTIMO CANTO: a la escritora Lucila Godoi i A.
		:	DE MIS TRISTEZAS (Para mi hermana)
Agosto	10	:	FLORES NEGRAS (Para el album de LOLO)
Agosto	13	:	FLORES BLANCAS (A la inspirada autora de FLORES NEGRAS, respetuosamente)
Octubre	1º	:	ENSOÑACIONES
Noviembre	9	:	VOCES
Noviembre	26	:	CRITICA Y REPLICA LITERARIA
Noviembre	30	:	CARTA INTIMA (Para M...)
Diciembre	7	:	CARTA ABIERTA, firma M.R.J.
Diciembre	10	:	CARTA ABIERTA, firma Abel Madac
Diciembre	14	:	POR CABLE
Diciembre	21	:	CARTA ABIERTA, firma Lucila Godoi y Alcayaga.

Flores Negras (Para el álbum de A.M.M.)

Yo no puedo cantar, porque no brota,
al veces ya de sus labios, entristecida,
soluciones que sobre el ~~alma~~ que esto está?
¿Quisiera que canté el alma que esto herida?

¡Ah! cada vez, mis es un gemido,
¿quisiera entonces brindarles pedris?
Si, aquí se me coraron cada fatiga
No es raras de dolor, ¿qu' escribiré?

Si no hay en mi esperanzas ni alegrías,
Si la tristeza me lacrimas convence,
Si es tan larga y horrible mi agonía,
Si en la flor de mi vida, un día percipí.

Si para mí la juventud es oscura,
Si no hay ni paz, ni dolor, ni romerías,
Si para mí, no es la sentada oscura,
¿le llamo dolor, hasta la vida.

¿Dime, porque, a veces, mis cantares,
No, sé que pides a la noche, aurora,
¿y al momento pides a los pesares,
¿Qué Canción al alma pido?

No, yo no puedo encontrar canciones
No puedo dar a tu álbum nada. nada
¿qué es para aguar con ilusiones,
Se pasaron las aguas al orador?

Lectura amena

El perdón de una víctima

Entre el ramaje del bosque, resaltaba entre el verde de las hojas, el albo traje de una mujer. Sobre el tronco de un árbol estaba sentada, y en su pálida frente sombreada por oscuros rizos, se veía reflejarse claramente esos pesares que marchitan el alma para siempre.

Era joven; sus ojos azules semejaban un retazo de cielo, y al parecer se fijaban en los verdes retoños de los arrayanes.

Mas no era así, la brisa entonando su suave canción, las flores abriendo sus capullos, el arroyo deslizándose entre la suave alfombra de césped no impresionaban su alma; el susurro de las hojas no llegaba a sus oídos, y el aroma de las flores que embalsamaba las brisas no deleitaba su mente en aquella tarde.

Era Esther, la pobre loca de la aldea, aquella linda joven que había sido en un tiempo la alegría de aquella simpática población y el encanto de su hogar, aquel que se divisaba allá a lo lejos rodeado de árboles y de enredaderas, donde la naturaleza ostentaba sus bellezas que habrían llenado de ilusiones la mente de un poeta.

Era ella, que semejaba hoy una de esas flores a que en vano los rayos del sol y las aguas del arroyo quieren darle vida, una de esas flores que ni siquiera se mueven al soplo de la brisa.

¡Pobre joven! En su mirada dulce y vaporosa, donde se adivinaba la grandeza de su alma pura y hermosa como el despertar de un sueño, vagaba una sonrisa amarga, y su corazón, pobre ave, pobre ave que avanza entre las nieblas de una noche tenebrosa, sostenía la existencia de uno de esos seres muertos, pero con una muerte de suplicio que hace de su vida la de un mártir.

Desde aquel día, aquel de su muerte moral, recorría diariamente el bosque propiedad de su padre, el anciano Juan. Cuando él encaminaba sus pasos al bosque, en busca de su hija, iba seguro de hallarla recostada en aquel tronco, y entonces le parecía encontrar semejanza entre ella y esos seres envueltos en el misterio (las hadas), y la tomaba de la mano con los ojos nublados de lágrimas y le decía: «Esther, hija mía, vamos, vuestra madre os aguarda». Y así habían pasado sus días hasta la tarde en que, como de costumbre, la encontramos en el sitio de su predilección.

Lanzó un profundo suspiro, dejó caer pesadamente la cabeza entre sus manos y después sonrió con esa sonrisa propia de los que sufren de enajenación mental; de esa sonrisa de niño en la cual puede leerse todo un poema enlutado de lágrimas y suspiros, de quejas y angustias.

Oyose de repente un ruido como el que produce el paso precipitado de alguien que atraviesa entre las hojas. Esther levantó los ojos y vio un hombre de mirada extraviada que, con paso ligero, se abría camino entre las ramas. Ella, como lo hacía de costumbre, lo miró al mismo tiempo que una carcajada histérica resonaba en su garganta. El joven al oírla buscó el sitio donde Esther se hallaba; pero sintió, al fijar su mirada en ella, que las fuerzas le faltaban, y cayó exánime en tierra murmurando: «¡Dios mío!».

Esther seguía recorriendo con la vista su redor; el desconocido, con el rostro oculto entre las manos lloraba, empapando las mejillas con su llanto. Enderezó sus ojos a donde la joven estaba; pero vio que ella tenía su mirada fija en él y le pareció que ésta lo quemaba; le pareció oír su voz, que le maldecía. Sintió al mismo tiempo en el bosque un ruido misterioso como que los enormes álamos, testigos de esa escena, se desplomaban sobre él; pero era simplemente el grito de su conciencia que le repetía sin cesar: «¡Ahí tienes tu víctima!».

Y entonces se incorporó; llegó hasta los pies de la joven y allí se arrodilló; sus labios secos temblaban por la emoción, pero al fin se entreabrieron para hablar. «Esther, ángel del cielo, exclamó con su voz temblorosa, me conoces».

Ella sonrió nuevamente y el más aterrador silencio siguió a la pregunta del joven. «Pobre desdichada, continuó con su voz ahogada por las lágrimas, soy el miserable que amargó tus días, aquel que te calumnió arrojando sobre tu honra pura, un enorme horror; soy yo el asesino de tu vida; los remordimientos, royéndome el corazón, me han llevado proscrito por el mundo encontrando a cada paso sólo la imagen de mi crimen».

«Y aquí estoy, aquí he vuelto siguiendo la corriente de mi destino maldito, envuelto en la ignominia, arrastrando mi existencia miserable sellada con el sello del crimen. ¡Oh! ¡Si supieras, Esther, el peso de mi delito, si comprendieras las horas de remordimiento, si leyeras en mi alma los rayos negros con que llevo escrito en ella tu nombre puro! Mujer, perdóname, tu perdón es lo único que espero en el mundo antes de morir; fui criminal, perdóname os lo ruego; mira que la muerte se acerca con paso presuroso, y

me resta muy poco antes que me ahogue entre sus brazos. ¡Esther! Yo sé que mi crimen, mi calumnia te hizo infeliz, yo sé que desde entonces estás muerta en vida, pero cree que aun en mis sueños no he encontrado reposo; créeme que al atravesar los montes y los árboles éstos me ha parecido que me hablan y que me llaman ¡asesino! ¡El pan de mis días ha sido muy amargo, más que el tuyo porque ha sido devorado en mis horas de atroz angustia!».

Tomó aliento y entonces, juntando sus manos en un momento de desesperación, gritó loco en medio de su martirio:

-¡Vuelve en tí, Esther, dame tu perdón, mira que voy a morir, yo te lo pido en el nombre del cielo!

La joven lanzó un inmenso suspiro, el llanto volvió después de dos años a empapar sus mejillas pálidas, como de una muerta.

Él continuó:

-¿Recuerdas quién soy? ¿Recuerdas que te calumnié de la manera más miserable? ¿Lo recuerdas?

-Sí... murmuró ella dulcemente, tú eres Gabriel y te perdono, que el cielo te perdone también.

-Gracias, Dios mío, exclamó el joven y dirigiéndose a ella prosiguió:

-Sí... perdóname porque estos labios que te imploran, éstos que debieron quemarse al proferir una calumnia ruin, tremenda, ya mañana estarán yertos.

-Sí... volvió a decir ella, te perdono pobre hijo del crimen, vete, y vive con la vida que me arrebataste...

Pero al terminar Esther vio que Gabriel había rodado sobre la hierba y que no se movía, se acercó a él y lo miró; pero ¡horror! ¡ya era cadáver!

Esperaba el perdón de su víctima y había muerto.

Entre los cipreses del cementerio de la aldea una cruz blanca se ve:
arrodillada en esa tumba está una mujer.

Es la tumba de Gabriel; la mujer es Esther, la pobre loca, vuelta a la razón,
allí está orando por aquel que amargó sus días con la más enorme de las
calumnias...

Es Esther, la víctima que ha perdonado... porque el perdón es hijo de las
almas nobles...

L. Godoy A.

El Coquimbo, La Serena, 11 de agosto de 1904.

Tarde

Muere el día con una dulzura de mujer.

Vierte paz evangélica el ambiente violeta.
Todo hervor del espíritu se siente adormecer:
como un estanque pleno, cada pasión se aquieta.

La brisa misma mueve lentamente sus sedas,
por no trazar un gesto violento en la sagrada
faz de la tierra en éxtasis... Van descendiendo quedas
unas ovejas de égloga las lomas azuladas.

Y el día que vivimos se extingue como un bueno.

Mitad en el abismo, aún saca de su seno
fuerzas para la última pulsación de ocre intenso,
que hace arder todo el cielo como un amor inmenso...

El corazón de bronce solloza en las esquilas
y las estrellas muestran sus lágrimas tranquilas.

Gabriela Mistral.

El Coquimbo, 21 de febrero de 1914.

Los versos de noviembre

Y nunca, nunca más; ni en la medrosa
noche callada, ni en la aurora rosa,
ni en la tarde sagrada.
Se perdió en la compacta, en la asesina sombra,
en el país enorme que con temblor se nombra.
¿Sufre? ¿Goza? ¿Se ha vuelto duro, o tierno
su corazón? Tal vez ni odia ni ama.
¡La nada, más horrible que el infierno!
Encontrarle, algún día,
no importa dónde, en cumbre o en hondor,
en la luz que deslumbra o en el revuelto horror.
Encontrarle algún día,
y ser con él por siempre,
en la exasperación o en la alegría.

En Selva Lírica.

Amo amor

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento.
¡Lo tendrás que encontrar!
Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave.
¡Lo tendrás que escuchar!

Gasta trazas de dueño, no le ablandan excusas;
rasga vaso de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehúsas.
¡Lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina;
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina.
¡Le tendrás que creer!

Te echa venda de lino, Tú la venda toleras.

Te ofrece el brazo cálido; no le sabes huir.
Echa a andar. Tú le sigues hechizada, aunque vieras
que eso para en morir...

Tú no cierras la tienda, que crece la fatiga,

y crece la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos tenía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
sólo los tuyos quedan; pero ¡ay! se van llenando
de un cuajo de neveras.

En *Selva Lírica*.

Gabriela Mistral: única y diversa

Pedro Pablo Zegers Blachet





Presentación

El Nivel de Educación Básica del Ministerio de Educación se ha sumado, a través de varias iniciativas, a los merecidos homenajes que recuerdan los sesenta años del Premio Nobel de Literatura otorgado a nuestra gran escritora y educadora Gabriela Mistral. Una de estas iniciativas es la publicación de la obra *Gabriela Mistral: Única y diversa*, del investigador Pedro Pablo Zegers Blachet.

Sus lectores encontrarán en ella un recorrido panorámico que abarca, entre otras temáticas, su infancia y entorno familiar; las primeras publicaciones aparecidas en diarios de su región bajo el nombre de Lucila Godoy Alcayaga y primeros seudónimos, hasta llegar al definitivo; su experiencia como maestra vertida en certeras y visionarias ideas sobre la escuela y la educación, las que continúan sorprendiéndonos por su contemporaneidad; su preocupación por la justicia social y su concepción de una religiosidad muy unida a la Biblia, pero

con un profundo afincamiento en la naturaleza, la vida cotidiana y la relación entre los seres humanos.

Tendremos la oportunidad de conocer más de su prosa y su poesía, y escuchar su voz a través de fuentes de «primera mano» que nos van abriendo las puertas del desarrollo humano y poético de esta indiscutible gran escritora. Escucharemos también otras múltiples voces de destacados creadores chilenos y extranjeros, que han reconocido sus méritos en distintos momentos.

Esta publicación será enviada a escuelas del sistema, para que sea disfrutada por sus docentes y estudiantes. Además, por su interés y calidad, será entregada por el MINEDUC como obsequio a profesionales de la educación y visitas, quienes podrán así conocer parte de la extensa obra de nuestra Gabriela Mistral.

Agradecemos especialmente a la DIBAM, a la Biblioteca Nacional de Chile, al Archivo del Escritor y a Pedro Pablo Zegers tanto la entrega generosa de este valioso texto, como de la galería de fotografías, muchas de ellas poco conocidas, y que complementan bellamente tanto el contenido como el diseño.

CARMEN SOTOMAYOR E.

Coordinadora Nivel Educación Básica.

Mundo familiar



Gabriela por ella misma

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

«Me llegan hoy unos periódicos de mi provincia que traen una disputa en torno del lugar de mi nacimiento. La Unión de Valparaíso ha dicho que nació en la aldea llamada Coquimbito, que es una perteneciente a Los Andes. Yo viví en esa aldea desde la cual iba a dar mis clases al Liceo todas las mañanas. La mayor parte de los versos de Desolación, están escritos en Los Andes, ciudad donde pasé siete años trabajando como profesora de geografía y de castellano. Hice como en cualquier parte una vida de retraimiento en el aspecto social; pero no habiendo ninguna influencia de las gentes de esa región sobre mi obra, la hay mucha del paisaje de la montaña. Conocí lado a lado la vida del campesino de Aconcagua que en mi memoria se me une al campesino de Coquimbo en un solo bloque.

Otra disputa hay sobre si mi nacimiento ocurrió en el pueblo llamado La Unión que está en el fondo del valle de Elqui, donde comienza la cordillera viva, o si ocurrió en Vicuña capital del departamento de Elqui. Mi buena gente de La Unión, a quien yo quiero mucho, alega con algunas razones válidas. Mi padre era maestro en ese pueblo, desde poco antes de su matrimonio, y yo hubiese nacido allí, si una consulta médica de mi madre no la hubiese llevado en un viaje rápido a Vicuña, donde vine a nacer, por accidente, el 7 de abril de 1889.

... En los diarios que acabo de recibir viene mi fe de nacimiento exacta, que contiene sin embargo un error en el nombre de mi madre que se llamaba Petronila.

La verdad es que yo miro como mi tierra de origen la aldea anterior a La Unión donde pasé mi infancia de los tres a nueve años, y que se llama Montegrande, y en la cual mi hermana Emelina Molina fue maestra durante este mismo tiempo. Yo creo que el país de la infancia es el verdadero país de origen (le digo país en el sentido de región).

De cualquier manera, la disputa es muy ingenua y graciosa, pues el valle es una sola cosa desde Vicuña hasta el pie de la Cordillera, y yo no entiendo sino

como una jugarreta regional el que los periodistas de mi provincia gasten papel y tinta en este asunto ¡chiquito!

Veo en los mismos diarios de la discusión, que se habla de la casa número tal de la calle Maipú, donde yo nací, diciendo que se han tomado de ella algunos dibujos y que el día del centenario de mi ciudad de Vicuña, adornaron su frente en recuerdo de la ausente. Esa casa del número y de las flores, no es la mía, porque la vieja casa de mi nacimiento, que estaba en ese lugar, se cayó hace años y no fue reedificada sino en la parte de la casa vecina. Alguna vez pensé yo en comprar el solar baldío de la casa verdadera, porque los árboles de ese huerto fueron todos plantados por mi padre, que además hizo en el centro una fuentecita donde bañarme. Sus árboles tienen exactamente mi edad. Las demás casas que se cuentan son pura novelería».

La madre

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

«Mi madre vivió hasta los 84 años. Era una mujer muy hermosa y muy delicada, cuya voz que convendría oír me habla siempre en el recuerdo como la más perfecta voz humana que yo haya escuchado. A esa voz suave y patética se le había subido la caridad maravillosa de su corazón».

Página de mi alma

(Dedicada a mi madre)

Porque entre las asperezas de mi vida, se abra como una rosa pálida bañada por los resplandores melancólicos del crepúsculo de mi tristeza; porque de entre sus pétalos entreabiertos nace el aroma embriagador de su amor que

aspiro con delirante ansiedad, como una esencia de vida, como un soplo que acaricia fresco y puro el corazón abrasado por las ascuas candentes del dolor.

Porque la he visto alzarse sobre el lodo pútrido del mundo, sin que a sus hojas de una albura eucarística lleguen los efluvios infectos de ese fango donde se revuelcan los microbios malditos de las pasiones.

Porque en el cielo siempre negro de mi suerte las ilusiones y las esperanzas han brillado un instante solo y apagado sus falsos fulgores por el soplo del desengaño, he visto brillar con más sinceridad el astro mágico de su amor que me envía sus caricias de luz para alumbrar en el abismo horroroso de mi infortunio.

Por eso mi alma le ha dedicado una página de su libro misterioso...

Cáliz donde he vaciado la hiel de mi amargura; he creído mil veces que fuera a desbordarse, y hoy solo he descubierto que si siempre tiene un vacío donde depositar el líquido maldito, es porque la flor eterna y lozana de su amor de madre la cultiva con ese amargo bálsamo.

Arca de diamante: mis lágrimas recogidas por su mano piadosa son las perlas únicas que guarda; y con ese insípido tesoro que el mundo habría despreciado, y arrojado con sarcasmo de su alcázar se cree más poderosa que el mismo Dios Oro.

Arpa de vibraciones sublimes y divinas; agita sus cuerdas solo cuando quiere ahuyentar con sus acordes de consuelo y de ternura las remembranzas angustiosas de mi alma, y hacerme volver de mis horrorosos paroxismos de dolor. Dios, que tiene por templo mi corazón mismo y por sacerdote mi afecto, Dios, que en la comunión de su amor me da sus besos como hostias consagradas y en sus santos consejos me da sus mandamientos.

¡He aquí lo que es ella para mi alma!

Lucila Godoy y Alcayaga

La Voz de Elqui, 20 de abril de 1905.

En mi marcha fatigosa por la áspera senda cubierta de abrojos son sus manos exangües las que curan mis pies desgarrados de las heridas hechas por las grietas y las rocas, son las que enjugan en mi frente pálida el sudor del cansancio.

En mis horas de angustiosa desesperación, son sus labios los que posándose en mi boca seca y contraída vierten en ella la miel confortadora de la esperanza, son ellos los que beben mi llanto como si quisieran arrancarle su hiel y su veneno.

En los instantes de silencio sacrosanto, cuando las cuerdas de mi lira claman por ser agitadas, es ella la que vierte en mi mente el torrente de la inspiración, y haciéndome soñar mundos luminosos y países de flores y vergeles, le arranca sus canciones más impregnadas de ternura y sentimiento.

Por eso es la única en el mundo ante la cual se dobla mi rodilla y se inclina humillada mi frente altiva, por eso su voz es la única que me enternece y hace temblar las rocas del corazón, por eso su nombre es el único que en mi historia lo he escrito con diamante. Por eso su recuerdo y su amor navegan como pobres barquichuelos desafiando las furias del mar de mi dolor, por eso la tumba de mi corazón tiene en ella un ciprés doliente que sombrea su losa funeraria.

Cuando el muro muestra con burlesca sonrisa el lujo vano de sus dominios aborrecidos inundados por el mar de la ignominia: cuando el Oro me señala con sarcasmo su alcázar deslumbrador y vano cuyas puertas están cerradas para mí; cuando la Ventura me indica sus costas hermosísimas a las cuales no puede arribar el desmantelado bajel de mi existencia, miro el fondo de mi corazón vacío de alegrías, y entre las sombras de sueño eterno veo resplandecer ese diamante de más valor que todos los tesoros, el diamante de su amor, que brilla allí como una humilde buhardilla indigna de poseerle.

Evocación de la madre

El Hogar de Buenos Aires, 27 de septiembre de 1923.

«Madre, en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos y con éste como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda en mi corazón.

Madre, yo he crecido como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas profundas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado; y tanto se habituaron a mecirme, que cuando yo corría por los caminos, ellas estaban allí, en el corredor de la casa, tristes de no sentir mi peso.

No hay ritmos más suaves entre los cien ritmos derramados por el Primer Músico en el mundo, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y de tus rodillas.

Y a la par que mecías, me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras tuyas juguetonas, pretexto para tus mimos. En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia tan extraña en que la habían puesto a existir, y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras que vinieron después sólo usaron de las visiones y de los nombres hermosos que tú me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme: una hierbabuena del huerto, una hoja de hiedra del corredor, y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú a veces me comprabas, y otras

me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes, como los míos; una casita que se desbarataba a poca costa... Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas; el más lindo era para mí tu propio cuerpo. [...]

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño arrobado. Ahora está hablando así también contigo que no le contestas, y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: “-Hija, tu tienes fiebre”. [...]

Gracias en este día, y en todos los días, por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra como una agua que se recoge con los labios y también por la riqueza de dolor que puedo llevar sin morir en la hondura de mi corazón.

Para creer que me oyes, he bajado los párpados y arrojado de mí la mañana, pensando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte todo lo demás que se quiebra en las palabras sin tersura, voy quedándome en silencio...».

Padre errante

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

Mi padre se llamaba Jerónimo Godoy Villanueva. Me han contado pero no sé si el dato sea exacto, que tenía relación próxima de parentesco con los Vallejo, de la familia de Jotabeche.

La madre de él se llamó Isabel Villanueva, y ella representa una de las memorias humanas más nobles que yo tenga. He escrito algunas semblanzas de ella.

Mi padre se educó en el Seminario de La Serena hasta el último año de estudios; era un buen latinista; hablaba un bello francés; dibujaba con mucha facilidad; tenía una pasión del folklore musical del norte, y hacía excelentes versos de tipo clásico, de los cuales mi hermana conserva un poema dedicado a mí que yo suelo repetir con dulzura y melancolía. Quiso escapar a la presión que ejercía sobre él su madre para hacerlo tomar órdenes, y se fue a La Unión donde se volvió maestro rural, por la fuerza de las circunstancias, y donde se casó al poco tiempo con mi madre.

Unos diez años después, él fue en Santiago director del Colegio de San Carlos Borromeo.

Dejó nuestra casa cuando yo tenía tres años; regresó a visitarnos a Diaguitas, cuando yo contaba unos diez, pero tampoco se quedó con nosotros. Casi toda su vida la pasó en su provincia natal de Atacama, creo que en el valle del Huasco donde su padre don Gregorio Godoy tenía tierra y ganados. Hay sangre suya dejada en esa región, donde él se formó una o más familias accidentales. Había en él igual errantismo que en mí, y nunca vivió mucho tiempo en un mismo lugar; conocía la pasión de la tierra, pero de la geografía caminada, y su vida fue a un mismo tiempo dolorosa y bella, exenta de hábitos burgueses de sedentarismo, y extraña, cuando me la cuentan, como una fábula que me hace llorar. Mi recuerdo de él pudiese ser amargo por la ausencia, pero está lleno de admiración de muchas cosas suyas y de una ternura filial que es profunda.

Canción de cuna

Canción de su padre para ella

Cuando al cielo elevas
los ojos celestes
¿quién te llama, dime,
para allá tornar?

¿con quién te sonríes
piadosa inocente
cuando alzas alegre
tus ojos allá?
¡Oh, dulce Lucila
que en días amargos
piadosos los cielos
te vieron nacer,
quizás te reserve
para ti, hija mía,
el bien que a tus padres
no quiso ceder!
Duérmete Lucila, que el mundo está en calma;
ni el cordero brinca, ni la oveja bala.

La hermana: su maestra

Carta a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933.

Mi hermana materna, Emelina Molina, me dio enteramente la educación recibida en la infancia que en buenas cuentas es la única que tuve y que me fue transmitida puede decirse, en las rodillas fraternas. Reemplazó a mi padre en sus obligaciones familiares, y yo le reconozco el bien definitivo de la asistencia material y moral. El mérito de su formación se me ocurre que sea el de no haber deformado nada en mí, como lo hacen las escuelas mientras más modernas, más pedantes que se conocen en nuestro tiempo, y el haberme enseñado a base de imaginación y de sentimiento, con relatos bíblicos y con la vida del campo. Ella vive todavía, retirada de la enseñanza después de 40 años de hermoso trabajo escolar.

Cuanto sé y quién soy se lo debo a ella. En esa escuela sin tablas en el suelo, de puro barro reseco, barrido con un decoro japonés, allí me fui haciendo el alma, y allí acudieron los primeros ritmos.

En Jaime Quezada, *Gabriela Mistral. Poesías completas: Cronología*.

La maestra rural

A Federico de Onís.

La Maestra era pura. «Los suaves hortelanos»,

decía, «de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz».

La Maestra era pobre. Su reino no es humano.

(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!

Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,

largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?
Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a la de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.
Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

Desolación.

En la siesta de Graciela

Dedicada a su sobrina Graciela, hija de su hermana
Emelina.

El Coquimbo, 25 de octubre de 1904.

¡Dejadla así que hermosa se está mostrando
allí su frente pálida y sombría,
bajo el albo pañal que está velando
su tranquilo dormir del mediodía!
¡Cuan dulce y pura es la sonrisa leve
que entreabre esos labios sonrosados,
con qué gracia en su sien como la nieve
caen sus rizos bellos y dorados!
El fresco aliento de su boca amada,
mil veces lo he aspirado como anhelo,
porque llega hasta mi alma desolada
y de ella ahuyente la amargura, el duelo.
¡Edad feliz, cuyos recuerdos santos
se evocan y el pesar luego lo calman,
y consuelan después en el quebranto
cuando el dolor ha marchitado el alma!
¿Quién ver podrá allá en su hermosa frente

el porvenir que a su destino espera?
¿Quién sabrá los mil sueños de su mente
cuando sonríe dulce y hechicera?

¡Misterios y caprichos del destino,
quién comprendiera vuestro oculto arcano!
¿Por qué hoy sembráis la dicha en el camino
y mañana el pesar nos dais tirano?

¿Por qué las flores y dorados sueños
que en la infancia rodean la existencia
los arrancáis después, ingrato dueño,
y nos dais el dolor por sola herencia?

¡Tal vez mañana aquella frente pura,
alba como la flor de la azucena,
halle el tenaz sufrir y la amargura
reemplace a la alegría que hoy la llena!

¡Por eso es que hoy, cuando este beso puro
he venido a dejar sobre tu frente,
pienso en tu porvenir si será oscuro
o claro cual las aguas de una fuente!

¡Oh! qué feliz seré si, en la mañana,
cuando ya el tiempo mi existir aminore
tú calmas el pesar que mi alma emana
y el llanto enjugas cuando triste llore!

¡Seré feliz cual la marchita planta
que a su lado una nueva ve que crece
que le da vida y savia que le falta
hasta el momento cruel en que perece!

Lucila Godoy A.



Desde 1904, Gabriela comienza a enviar sus creaciones literarias a periódicos de la zona, como *La Voz de Elqui* y *El Coquimbo*. Firma sus trabajos como Alguien, Soledad, Alma, Lucila Godoy y Alcayaga, entre otros, y como Gabriela Mistral, ya en algunos textos publicados en *La Constitución de Ovalle* en 1908.

LA VOZ DE ELQUI

Interdiario Radical Noticioso i de Avisos

Año IX

Vicuña, 1905

Núm 000

Marzo	23	:	ECOS
Abril	20	:	PAGINA DEL ALMA (Dedicada a mi madre)
Julio	13	:	MI ULTIMO CANTO: a la escritora Lucila Godoi i A.
		:	DE MIS TRISTEZAS (Para mi hermana)
Agosto	10	:	FLORES NEGRAS (Para el album de LOLO)
Agosto	13	:	FLORES BLANCAS (A la inspirada autora de FLORES NEGRAS, respetuosamente)
Octubre	1º	:	ENSOÑACIONES
Noviembre	9	:	VOCES
Noviembre	26	:	CRITICA Y REPLICA LITERARIA
Noviembre	30	:	CARTA INTIMA (Para M...)
Diciembre	7	:	CARTA ABIERTA, firma M.R.J.
Diciembre	10	:	CARTA ABIERTA, firma Abel Madac
Diciembre	14	:	POR CABLE
Diciembre	21	:	CARTA ABIERTA, firma Lucila Godoi y Alcayaga.

Flores Negras (Para el álbum de A.M.M.)

Yo no puedo cantar, porque no brota,
al veces ya de sus labios, entristecida,
soluciones que sobre el ~~alma~~ que esto está?
¿Quisiera que canté el alma que esto herida?

¡Ah! cada vez, mis es un gemido,
¿quisiera entonces brindarles pedris?
Si, aquí se me coraron cada fatiga
No es raras de dolor, ¿qu' escribiré?

Si no hay en mi esperanzas ni alegrías,
Si la tristeza me lacrimas convence,
Si es tan larga y horrible mi agonía,
Si en la flor de mi vida, un tal perfume.

Si para mí la juventud es oscura,
Si no hay ni paz, ni dolor, ni romances,
Si para mí, no es la sentida oscura,
¿le llamo dolor, hasta la vida.

¿Dime, porque, a veces, mis cantares,
No, sé que pides a la noche, aurora,
¿y al silencio pides a los pesares,
¿Qué Canción al alma pides?

No, yo no puedo encontrar canciones
No puedo dar a tu álbum nada. nada
Fácil es para estar con ilusiones,
Se pasaron las aguas al orador!

Lectura amena

El perdón de una víctima

Entre el ramaje del bosque, resaltaba entre el verde de las hojas, el albo traje de una mujer. Sobre el tronco de un árbol estaba sentada, y en su pálida frente sombreada por oscuros rizos, se veía reflejarse claramente esos pesares que marchitan el alma para siempre.

Era joven; sus ojos azules semejaban un retazo de cielo, y al parecer se fijaban en los verdes retoños de los arrayanes.

Mas no era así, la brisa entonando su suave canción, las flores abriendo sus capullos, el arroyo deslizándose entre la suave alfombra de césped no impresionaban su alma; el susurro de las hojas no llegaba a sus oídos, y el aroma de las flores que embalsamaba las brisas no deleitaba su mente en aquella tarde.

Era Esther, la pobre loca de la aldea, aquella linda joven que había sido en un tiempo la alegría de aquella simpática población y el encanto de su hogar, aquel que se divisaba allá a lo lejos rodeado de árboles y de enredaderas, donde la naturaleza ostentaba sus bellezas que habrían llenado de ilusiones la mente de un poeta.

Era ella, que semejaba hoy una de esas flores a que en vano los rayos del sol y las aguas del arroyo quieren darle vida, una de esas flores que ni siquiera se mueven al soplo de la brisa.

¡Pobre joven! En su mirada dulce y vaporosa, donde se adivinaba la grandeza de su alma pura y hermosa como el despertar de un sueño, vagaba una sonrisa amarga, y su corazón, pobre ave, pobre ave que avanza entre las nieblas de una noche tenebrosa, sostenía la existencia de uno de esos seres muertos, pero con una muerte de suplicio que hace de su vida la de un mártir.

Desde aquel día, aquel de su muerte moral, recorría diariamente el bosque propiedad de su padre, el anciano Juan. Cuando él encaminaba sus pasos al bosque, en busca de su hija, iba seguro de hallarla recostada en aquel tronco, y entonces le parecía encontrar semejanza entre ella y esos seres envueltos en el misterio (las hadas), y la tomaba de la mano con los ojos nublados de lágrimas y le decía: «Esther, hija mía, vamos, vuestra madre os aguarda». Y así habían pasado sus días hasta la tarde en que, como de costumbre, la encontramos en el sitio de su predilección.

Lanzó un profundo suspiro, dejó caer pesadamente la cabeza entre sus manos y después sonrió con esa sonrisa propia de los que sufren de enajenación mental; de esa sonrisa de niño en la cual puede leerse todo un poema enlutado de lágrimas y suspiros, de quejas y angustias.

Oyose de repente un ruido como el que produce el paso precipitado de alguien que atraviesa entre las hojas. Esther levantó los ojos y vio un hombre de mirada extraviada que, con paso ligero, se abría camino entre las ramas. Ella, como lo hacía de costumbre, lo miró al mismo tiempo que una carcajada histérica resonaba en su garganta. El joven al oírla buscó el sitio donde Esther se hallaba; pero sintió, al fijar su mirada en ella, que las fuerzas le faltaban, y cayó exánime en tierra murmurando: «¡Dios mío!».

Esther seguía recorriendo con la vista su redor; el desconocido, con el rostro oculto entre las manos lloraba, empapando las mejillas con su llanto. Enderezó sus ojos a donde la joven estaba; pero vio que ella tenía su mirada fija en él y le pareció que ésta lo quemaba; le pareció oír su voz, que le maldecía. Sintió al mismo tiempo en el bosque un ruido misterioso como que los enormes álamos, testigos de esa escena, se desplomaban sobre él; pero era simplemente el grito de su conciencia que le repetía sin cesar: «¡Ahí tienes tu víctima!».

Y entonces se incorporó; llegó hasta los pies de la joven y allí se arrodilló; sus labios secos temblaban por la emoción, pero al fin se entreabrieron para hablar. «Esther, ángel del cielo, exclamó con su voz temblorosa, me conoces».

Ella sonrió nuevamente y el más aterrador silencio siguió a la pregunta del joven. «Pobre desdichada, continuó con su voz ahogada por las lágrimas, soy el miserable que amargó tus días, aquel que te calumnió arrojando sobre tu honra pura, un enorme horror; soy yo el asesino de tu vida; los remordimientos, royéndome el corazón, me han llevado proscrito por el mundo encontrando a cada paso sólo la imagen de mi crimen».

«Y aquí estoy, aquí he vuelto siguiendo la corriente de mi destino maldito, envuelto en la ignominia, arrastrando mi existencia miserable sellada con el sello del crimen. ¡Oh! ¡Si supieras, Esther, el peso de mi delito, si comprendieras las horas de remordimiento, si leyeras en mi alma los rayos negros con que llevo escrito en ella tu nombre puro! Mujer, perdóname, tu perdón es lo único que espero en el mundo antes de morir; fui criminal, perdóname os lo ruego; mira que la muerte se acerca con paso presuroso, y

me resta muy poco antes que me ahogue entre sus brazos. ¡Esther! Yo sé que mi crimen, mi calumnia te hizo infeliz, yo sé que desde entonces estás muerta en vida, pero cree que aun en mis sueños no he encontrado reposo; créeme que al atravesar los montes y los árboles éstos me ha parecido que me hablan y que me llaman ¡asesino! ¡El pan de mis días ha sido muy amargo, más que el tuyo porque ha sido devorado en mis horas de atroz angustia!».

Tomó aliento y entonces, juntando sus manos en un momento de desesperación, gritó loco en medio de su martirio:

-¡Vuelve en tí, Esther, dame tu perdón, mira que voy a morir, yo te lo pido en el nombre del cielo!

La joven lanzó un inmenso suspiro, el llanto volvió después de dos años a empapar sus mejillas pálidas, como de una muerta.

Él continuó:

-¿Recuerdas quién soy? ¿Recuerdas que te calumnié de la manera más miserable? ¿Lo recuerdas?

-Sí... murmuró ella dulcemente, tú eres Gabriel y te perdono, que el cielo te perdone también.

-Gracias, Dios mío, exclamó el joven y dirigiéndose a ella prosiguió:

-Sí... perdóname porque estos labios que te imploran, éstos que debieron quemarse al proferir una calumnia ruin, tremenda, ya mañana estarán yertos.

-Sí... volvió a decir ella, te perdono pobre hijo del crimen, vete, y vive con la vida que me arrebataste...

Pero al terminar Esther vio que Gabriel había rodado sobre la hierba y que no se movía, se acercó a él y lo miró; pero ¡horror! ¡ya era cadáver!

Esperaba el perdón de su víctima y había muerto.

Entre los cipreses del cementerio de la aldea una cruz blanca se ve:
arrodillada en esa tumba está una mujer.

Es la tumba de Gabriel; la mujer es Esther, la pobre loca, vuelta a la razón,
allí está orando por aquel que amargó sus días con la más enorme de las
calumnias...

Es Esther, la víctima que ha perdonado... porque el perdón es hijo de las
almas nobles...

L. Godoy A.

El Coquimbo, La Serena, 11 de agosto de 1904.

Tarde

Muere el día con una dulzura de mujer.

Vierte paz evangélica el ambiente violeta.
Todo hervor del espíritu se siente adormecer:
como un estanque pleno, cada pasión se aquieta.

La brisa misma mueve lentamente sus sedas,
por no trazar un gesto violento en la sagrada
faz de la tierra en éxtasis... Van descendiendo quedas
unas ovejas de égloga las lomas azuladas.

Y el día que vivimos se extingue como un bueno.

Mitad en el abismo, aún saca de su seno
fuerzas para la última pulsación de ocre intenso,
que hace arder todo el cielo como un amor inmenso...

El corazón de bronce solloza en las esquilas
y las estrellas muestran sus lágrimas tranquilas.

Gabriela Mistral.

El Coquimbo, 21 de febrero de 1914.

Los versos de noviembre

Y nunca, nunca más; ni en la medrosa
noche callada, ni en la aurora rosa,
ni en la tarde sagrada.
Se perdió en la compacta, en la asesina sombra,
en el país enorme que con temblor se nombra.
¿Sufre? ¿Goza? ¿Se ha vuelto duro, o tierno
su corazón? Tal vez ni odia ni ama.
¡La nada, más horrible que el infierno!
Encontrarle, algún día,
no importa dónde, en cumbre o en hondor,
en la luz que deslumbra o en el revuelto horror.
Encontrarle algún día,
y ser con él por siempre,
en la exasperación o en la alegría.

En Selva Lírica.

Amo amor

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento.
¡Lo tendrás que encontrar!
Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave.
¡Lo tendrás que escuchar!

Gasta trazas de dueño, no le ablandan excusas;
rasga vaso de flor, hiende el hondo glaciár.
No te vale el decirle que albergarlo rehúsas.
¡Lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina;
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina.
¡Le tendrás que creer!

Te echa venda de lino, Tú la venda toleras.

Te ofrece el brazo cálido; no le sabes huir.
Echa a andar. Tú le sigues hechizada, aunque vieras
que eso para en morir...

Tú no cierres la tienda, que crece la fatiga,
y crece la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos tenía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
sólo los tuyos quedan; pero ¡ay! se van llenando
de un cuajo de neveras.

En *Selva Lírica*.

Tierra americana



Dos himnos

Sol del Trópico

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano,
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y en el que viejos aimaraes
como el ámbar fueron quemados.
Faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco
sol pintador y tatuador
de casta de hombre y de leopardo.

Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebré de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos que nos busquen
en unos limos abrasados,
donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo¹.

Sol del Cuzco, blanco en la puna.

Sol de México, canto dorado,
canto rodado sobre el Mayab²,
maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido
siempre herido, nunca cazado.

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni los funde,
que no devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados.

Raíz del cielo, curador
de los indios alanceados;
brazo santo cuando los salvas,

cuando los matas, amor santo.
Quetzalcóatl, padre de oficios
de la casta de ojo almendrado,
moledor de añiles y cañas
y tejedor de algodón cándido.
Los telares indios enhebras
con colibríes alocados
y das las grecas pintureadas
al mujerío de Tacámbaro.
¡Pájaro Roc³, plumón que empolla
dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto
según los dioses no llegaron,
bandadas de tórtolas blancas,
maná que baja sin doblarnos.
No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuerpos los recogimos
en sacramento calcinado.

A tu llama fié a los míos,
en parva de ascuas acostados;
con un tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retamos,
azafranes contra el poniente,
medio Adanes, medio topacios.
Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años,
con la Pirámide de tu nombre⁴,
con la pitahaya y con el mango,
con los flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruápan,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,
pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,

comí sus frutos mercenarios;
en mesa dura y vaso sordo
bebí hidromieles que eran lánguidos;
recé oraciones mortecinas
y me canté los himnos bárbaros,
y dormí donde son dragones
rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores
formas y bulto en que me alzaron.
Riégame así con rojo riego;
y ponme a hervir dentro de tu caldo.
Emblanquéceme u oscuréceme
en tus lejías y tus cáusticos.

¡Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame hablas, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
limpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos!

Hazme las sangres, y las leches,
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados.
Y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron,
los coros mágicos, mecidos
sobre Palenque y Tiahuanaco.

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos.
De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo;
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

El grito

«¡América, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien.

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca español, el quechua español, el araucano español; pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga a la América, su Bello, su Montalvo, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano y extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar a Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seremos uno, y entonces, tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, la exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo. Cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como la otra, manar como la otra, la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo

que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América española una unificada por dos cosas estupendas: le lengua que le dio Dios y el dolor que le da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos incansablemente, mientras él hace, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus Estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funda, asierra, labra, multiplica, forja, crea con fuego, tierra, aire, agua, crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez para semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!».

17 de abril de 1922.

Repertorio Americano.

La justicia social



Oración a los obreros

Mis queridos obreros amigos:

Vengo por segunda vez hacia ustedes y no creo que sea la última, porque, si un día me necesitan para cualquier acto cultural y me llaman, vendré donde estuviere, a probarles que el único valor social que reconoce mi corazón es el pueblo y que no deseo sino ser una de ustedes.

Voy a hablarles de la Cárcel de Temuco; voy a encargarles a los reos como quien encarga hijos, voy a pedirles para ellos, a alegrarles por ellos, a llamar a vuestra piedad en favor de ellos.

Hace dos o tres meses fui a la Cárcel Pública invitada por un hombre de gran corazón que ha vivido entre ustedes y a quienes no se ha sabido apreciar en

todo lo que vale: el doctor Bonadona. Nos acompañó también el señor Vice-Cónsul español, interesado por nosotros más que un nacional.

Yo conozco la literatura más dolorosa que existe, la rusa, que es una literatura escrita por el hombre esclavo; yo he leído en Dostoievski, los horrores de la Siberia, blanca de nieve y ribeteada de sangre; he leído a Tolstoi y he escuchado en sus páginas el sollozo del mujik, del campesino ruso; he hallado en Gorki la angustia del vagabundo de la estepa. Y conozco el dolor no sólo en los libros: lo he mirado de Antofagasta a Magallanes, en el peón de la pampa, en el inquilino de Aconcagua, en el obrero industrial de Valparaíso. Y conozco el dolor en carne propia, porque mi vida en sus comienzos ha sido tan dura, tan amarga y combatida como la del más infeliz de ustedes. Pero yo no he recibido jamás una impresión más atroz de la angustia y el rebajamiento humano, que el que me reservaba Temuco en su Cárcel Pública. Tal vez no vine aquí sino para ver esto y, no me llevo de aquí tristeza mayor que la de dejar tras de mí esta vergüenza infinita.

Yo he entrado en una enfermería inmundada donde, en la sombra, apenas se adivinaban los cuerpos postrados de quince hombres echados unos sobre el suelo, tirados los otros en un jergón infeliz. El hedor de la enfermedad, de la letrina abierta y de la humedad hacía retroceder. Cuando ya pude ver mejor, fui mirando caras que sólo se pueden ver en las pesadillas, caras de hambre y de encanallamiento, no moral sino físico, expresiones jamás encontradas afuera, en el mundo de los vivos. Cansancio, hambre, desaliento, una palidez de espectros, unas voces de vencidos, de exhombres, la voz que ya no pide, que ni siquiera odia, la voz que sube del absoluto aniquilamiento. Y la misma expresión en la mirada. Ni el brillo del odio, ni el fulgor febril de la ansiedad. ¿Qué se ha hecho con esos hombres que han sido uno de nosotros, que han amado, que han luchado, que han tenido una mujer, un hijo, una madre, para parar en semejante anulación de la naturaleza? Esto: enfermos, no han tenido alimento de enfermos; los reumáticos, duermen sobre el suelo helado; mientras las bestias del campo tienen aire y luz, ellos no la tienen; mientras el desdichado que está libre tiene el hospital, la beneficencia, encuentran a Cristo siquiera una vez en su camino, éstos han sido olvidados, puestos al margen de

la piedad humana, al margen del mundo de los vivos. Ni baños, ni la fricción que calme el dolor, ni el sustento que reconforta: solamente la bondad de algunos guardias, que yo quiero desde aquí agradecer y mencionar conmovida. Desnudos están varios, sucios todos y todos en un grado tal de aniquilamiento que tres o diez años de vida sana y libre no los salvarían.

No me digan ustedes: Son criminales. No pueden decirlo. Piensen que ocho de los quince no saben qué tiempo tienen sus condenas, pues no han sido estudiados sus procesos. Pero imaginémoslos monstruos y sabremos que un mes en ese muladar salda su deuda con Dios, que tal vez bastan ocho días y que llevan años.

Yo no sé si Dios nos ha dejado el derecho de privar de la libertad a un hombre; pero aceptemos esto. ¿Nos habrá dejado el derecho de cegar sus ojos sin la luz, de podrir sus pulmones con la humedad, de retorcer sus huesos con el frío, de quebrantar uno a uno sus músculos y, por fin, de matar su alma con el abandono y la desesperación?

Piensen, como he pensado yo, que existe una ciudad con calles más o menos limpias, con edificios hermosos, una ciudad con escuelas donde se enseña la piedad, con hogares donde se reza el Santo Padre Nuestro al anochecer, una ciudad donde he vivido yo, que me creo cristiana, ustedes que también lo serán, y que tiene en su corazón semejante llaga, semejante lepra en disolución. Piensen que en esta ciudad los días festivos se consumirán quinientos o mil pesos en una noche de borrachera popular o social, o en fiestas para nuestro entretenimiento, o en vanidad para nuestra pretensión, y que con mil pesos de ese sólo día hemos podido vestir a nuestros presos y darles el alimento y la medicina de un mes. Y pensemos que esto que yo he visto no es mal de un año, que posiblemente haga diez o veinte que está ocurriendo esta tragedia silenciosa junto a nuestras casas, sin que nos perturbe el sueño ni nos enfríe la alegría.

¿Es que estamos muy seguros de no caer en el antro y nos reímos del dolor sólo porque nos creemos liberados de sufrirlo? ¿O es que somos como esos

cobardes que conocen su herida repugnante [y] la cubren para no verla? ¿O es sencillamente que tenemos menos sensibilidad que la última raza esclava, familiarizada con la esclavitud? No es nada de eso, es, solamente, que no hemos visto el muladar y no hemos pesado nuestro delito. No somos malos; somos indolentes. Por indolencia tenemos abandonadas nuestras escuelas, donde se educa la raza, abandonados nuestros caminos que comunican los pueblos para que se conozcan y se amen, abandonadas nuestras cárceles, para que en vez de corregir maten.

Esta es la palabra: para que maten. Desde el ladrón que robó una pieza de ropa de cinco pesos hasta el que incendió y asesinó, los hemos echado allí al mismo jergón hediondo, a la misma letrina nauseabunda. Es como si quisiéramos que el malo no se haga en ningún caso mejor y que el perverso se haga monstruoso.

Piensen ustedes que solemos medir una palabra, por el temor de que sea excesiva y hiera; que medimos más un golpe, para que no lastime, y que esta sensibilidad no nos ha llevado hasta hoy a pensar que hay reos de reos culpables de miseria el ochenta por ciento, lo cual también equivale a ¡nocentes; culpables de ignorancia el resto, y que estamos azotando, magullando, arrastrando, exterminando a esta masa de hombres tan diversos, hasta sumirlos en el mismo encanallamiento.

El reo enfermo es dos veces reo; de los hombres y de la naturaleza. Nosotros le damos cadena o encierro, y la enfermedad la da lanzadas de dolor, brasas de fiebre. Al reo sano le falta mucho, pero al enfermo le falta, considérenlo, la mano amiga de su mujer, que sostenga su cabeza: la alegría del hijo que levante su ánimo; toda la dulzura y le faltan sus propias fuerzas, su propio cuerpo, que es su enemigo.

Hay que dar alimento a esos hombres, alimento adecuado; hay que proporcionarles limpieza; hay que llevarles todas sus medicinas, y hay que visitarlos, porque nosotros los hemos encerrado, los hemos arrebatado a su hogar y les hemos quitado su familia. Tenemos que serle la madre, la

compañera y el hijo. Aprendemos en nuestros colegios lógica y no sé para qué nos sirve si no es para hallar este pensamiento.

El Cónsul Español, que no tiene a ningún hombre de su raza en el presidio, ha ofrecido dar fondos de la colonia: alrededor de dos pesos. El médico; que también es extranjero, ha organizado un comité para incrementar esos fondos. Ustedes que son chilenos, hagan el resto. Ustedes, más que las otras clases sociales. Esos infelices son del pueblo, trabajadores del campo u obreros industriales, que se han codeado con ustedes en el taller o removiendo la tierra. No esperen que el Gobierno lo haga todo, ni siquiera un poco, con la situación económica que atraviesa. La representación parlamentaria pidió, generosa, otro local; no lo obtuvo; ahora no queda sino la iniciativa privada. La enfermería está por quedar organizada. Los quinientos pesos que faltan pónganlos ustedes, que salgan de esta querida Casa del Pueblo, de donde yo deseo que surja el Temuco Nuevo, el de la cultura y el de la caridad, que son las dos formas más elevadas del hombre. Que esos reos enfermos sientan en la tibieza de su colchón el amor de ustedes, en la luz que entre y llegue a sus lechos, la mirada de ustedes, en el sustento diario, el recuerdo de ustedes.

Hecho esto, acuérdense de los reos sanos. Necesitan talleres, para que la ociosidad no los pudra, como el agua muerta; necesitan lecturas: las niñas del Liceo han iniciado su biblioteca y los pobrecitos ya leen en sus noches, sanas lecturas y hojean revistas; necesitan ropas, y el más pobre no lo es tanto como ellos y puede dar algo: necesitan ser visitados, y una hora de vuestro domingo no os hace falta y podéis dársela. Pueden ustedes dar una velada, dos tres, para conseguir parte de lo enumerado. Si les puedo servir, vendré de Santiago a tomar parte en ellas y les traeré algún elemento más que nos ayude en el programa. Pero hagan esto. Yo les encargo a los presos como lo más querido que dejo aquí. Los quiero por su dolor, el mayor que he visto; los quiero por la bondad con que acogieron nuestros libros, probándome que tienen alma, aun cuando se las hemos querido matar, y los quiero porque son de aquellos que estarán en el Paraíso antes de cualquiera de nosotros los que no hemos vertido sangre, a causa de la injusticia nuestra y por la justicia del Señor.

No es obra de un mes ni de un año. Por eso mismo, empréndanla pronto.

Y me despido de ustedes solamente con un HASTA LUEGO. Paseé por su ciudad rápidamente incomprendida. Poco bien hice: mucho más quise hacerles. Humilde de condición social como soy algo puedo servirles desde lejos. Dos noches de comunicación en esta sala nos han unido y yendo de un obrero de Temuco, pudiendo yo atenderlo, cualquier pedido no será como de un amigo. No hubo tiempo para que me conocieran mejor, pero la vida está delante y rectifica siempre sus errores y llena sus vacíos. Que esta Casa del Pueblo cree la cultura local por medio de la lectura, de la música, de la conferencia; que la prosperidad sea con ella.

Quiero agradecer de modo especial al señor don Pedro Prado su generosidad para mí, a la cual debo el hospedaje de esta Casa del Pueblo y quiero señalar también la asistencia honrosa del Visitador de Escuelas, cultísimo caballero educador que desea acercarse al pueblo porque sustenta mis ideales democráticos en la Educación Nacional.

A estas personas y a todos ustedes mil veces gracias por la deferencia cariñosa con que me han escuchado.

Leída en la Casa del Pueblo.

La Mañana, Temuco, 29 de mayo de 1921.

Como los hemos matado

El pueblo araucano se sume y se pierde para el mundo después de su asomada a la epopeya. La conquista de Chile se consuma en toda la extensión del territorio, excepto en la zona de la maravillosa rebeldía; la Colonia sacude de tanto en tanto su modorra para castigar a la digna indiada con incursiones sangrientas y rápidas que la aplacan por uno o dos años. Acabado el coloniaje

vulgar y poltrón, llegará la independencia sin traer novedades hazañosas en la zona centauresca, trayendo sólo ciertos procedimientos nuevos en la lucha. [...]

Mucho se ha asegurado que el alcoholismo es la causa más fuerte de la destrucción indígena o la única de sus causas. La que escribe vivió en ciudad chilena rodeada de una «reducción», y puede decir alguna cosa de lo que entendió mirándoles vivir un tiempo.

Creo que estas indiadas, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra: los famosos «lanzamientos» fuera de su suelo, la rapiña de una región que les pertenecía por el derecho más natural entre los derechos naturales.

Hay que saber, para aceptar esta afirmación, lo que significa la tierra para el hombre indio; hay que entender que lo que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y el de los dioses, la madre aprendida como tal desde el gateo del niño, algo como una esposa por el amor sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembras y riesgos. Estas emociones se trenzan en la pasión profunda del indio por la tierra. Nosotros, gentes perturbadas y corrompidas por la industria; nosotros, descendientes de españoles apáticos para el cultivo, insensibles de toda insensibilidad para el paisaje, y cristianos espectadores en vez de paganos convividores con ella, no llegaremos nunca al fondo del amor indígena del suelo, que hay que estudiar especialmente en el indio quechua, maestro agrario en cualquier tiempo. [...]

La Nación, Buenos Aires, 17 de abril de 1932.

La mala caridad

Mientras viene la justicia a secas, la sabia y divina justicia, no es malo que la caridad sostenga a los pobres, acoja acá a un inválido, una niña allá, una venda suave.

Pero limpiemos en una charla de hoy la telaraña de uno de tantos errores nuestros, absurdos, colectivos de criterio monstruoso. No tengamos el miedo de observar y el de deducir, enseguida.

Pascal hace en inmensas palabras sencillas la condenación de la falsa justicia.

La falsa caridad se le parece: A. Es un filántropo. Pertenece a cuantas instituciones restañan oficial y periódicamente aquellas heridas sociales que aparecen a plena luz. En ninguna petición de beneficio, en ninguna corona fúnebre de las que se usan hoy falta su nombre; la cifra de ciertas donaciones suyas deja perplejo al lector de los periódicos, en que siempre se citan. A. ¿Es entonces un gran filántropo moderno?

No. A. Es solamente un falso samaritano.

Propietario del edificio de escuela mantiene cien niños en la suciedad, la oscuridad, la fealdad de un pésimo local.

El falso concepto que de la caridad tiene toda una sociedad le ha enseñado que eso no es un delito y que lo otro, la cuota fastuosa para los dispensarios es un heroísmo.

¿Por qué más sencillo, más consciente sobre todo, no renuncia a las donaciones desconcertantes y abre las ventanas, levanta los techos, ensancha los patios que aquellos cien niños necesitan para gozar de la santa luz del sol, y recibir con alegría su pan cotidiano de conocimiento?

B. También tiene una formidable reputación de dadivoso. Toca al vicio de la caridad. Goza trabajando en la organización moderna de ella; goza saldando déficit de dispensarios y hospitales. Es como una embriaguez. B. Es otro falso profeta.

Terrateniente, no hay incitadora tan activa de tuberculosos -¡de degenerados!- que las habitaciones de sus obreros.

¡Curiosa y triste industria la de los dolores de los pueblos y su alivio!
¡Inconscientes como sonámbulos, en los edificios y en los alimentos, en la luz, busca aliviarlos en sus hospitales y en los presidios!

Es un horrible experimento de sabio vivisector. Los niños que la escuela del filántropo A. enferma, tampoco hallan al llegar a su casa, que pertenece al justo C., la luz y el aire en la habitación. Quién sabe si las cuotas de las instituciones benéficas son la causa misma de esta aberración. En todo caso la cubren para la moral miope, deformada, de hoy.

Ciertos hermanos dan al héroe el desprecio del pequeño acto hermoso, del pequeño acto bueno. Herida su imaginación por la belleza, por lo grandioso, el simple deber no le llama, porque no es capaz de enardecerlo.

Y así estos héroes de la caridad, que el llano, el gris cumplimiento de la justicia en su solar, de la solidaridad en su predio no tienta.

Eso, o tal vez ese placer de decir y de escuchar la mentira que hay en nuestra carne humana. ¡Nos agrada tanto oírnos llamar lo que no somos! La sed de elevación espiritual que tiene expresiones tan nobles, ¡tan grotescas en los diversos individuos! Se satisface en nosotras, como en el teatro, con la mentira de nuestras virtudes, y es así, cómo perseguimos en la publicidad del diario o en la de los nombres de artistas, de santos, de hidalgos, que no se han ganado nuestro mezquino corazón de polvo.

B. Es terrateniente industrial. Sus industrias son falsas como su corazón. Porque el embustero pone su marca en la faena que hace hasta en el beso que da. Los vinos de su viña, las grasas de su elaboración, la leche de sus establos, son descompuestas. B. Es algo así como un malhechor de la química. Sus productos envenenan quién sabe a cuántos pueblos. No importa, en nuestros comentarios populares de valores, que divergen, estos delitos no marcan; apenas si los fríos severos los llamarán incorrecciones comerciales.

¿Por qué no somos solamente justos? ¿Obreros vulgares de una solidaridad sin énfasis? Miremos nuestro lote, que es breve, de deberes y cumplámoslo momento a momento. En conjunto, haremos más de lo que el héroe del bien hace espasmódica y febrilmente. Limpiando el mundo de la desidia, del abuso, lo limpiamos de toda la miseria que sólo de ellos mana.

Pedro Pablo Zegers: *Recopilación de la obra mistraliana.*

Amor a la naturaleza



Doña primavera

Doña Primavera

viste que es primor,
viste en limonero
y en naranjo en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravana
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera

de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo.

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a topirlas

entre los jazmines?
¿Cómo va a encontrarlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?
Da la tierra enferma
en las pardas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.
Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas.
Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:
Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño,
y de exultación.

Ternura.

Árbol muerto

A Alberto Guillén.

En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, aúlla pasa.
De su bosque el que ardió sólo dejaron

de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!

Los que amó, y que ceñían
a su torno en septiembre una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana.

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, por que mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¡Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

Desolación.

Plegaria por el nido

¡Dulce Señor, por un hermano pido
indefenso y hermoso: por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dicen que es divino
y el ala cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
mansa tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
corto el rocío al alcanzarlo.

De su Conchita desmañada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;
desvía el viento de ala brusca

que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia.

Tú que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
las cabezuelas de los lirios
y las pequeñas clavelinas,
guarda su forma con cariño
y caliéntelo tu pasión.
Tirita al viento como un niño
y se parece al corazón.

El amor y la muerte



El amor que calla

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
¡pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro!

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

Desolación.

Vergüenza

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano.

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

Desolación.

Los sonetos de la muerte

- I -

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.
Te acostaré en la tierra soleada
con una dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.
Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.
Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

- II -

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir.
Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.

Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!
Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.
Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signos de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir.

- III -

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...
Y yo dije al Señor: -«Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!
¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor».
Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor?

Desolación.

Volverlo a ver

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?
¿Al margen de ningún sendero pálido,

que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?
¿Bajo las trenzaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?
¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!
¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

Desolación.

△▽

Maternidades



Poema del hijo

A Alfonsina Storni.

- I -

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo

y un ancho resplandor creció sobre mi frente.
Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!
Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.
Al cruzar una madre grávida, la miramos
con los labios convulsos y los ojos de ruego,
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!
En las noches, insomne de dicha y de visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho.
El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;
mirándome, yo odié, por toscas, mis rodillas;
mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso;
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!
Y yo temí a la muerte, disgregadora impura;
los ojos de él librarán los tuyos de la nada,
y a la mañana espléndida o a la luz insegura
yo hubiera cambiado bajo de esa mirada.

- II -

Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,
como la lluvia eterna de los Polos, gotea
la amargura con lágrima lenta, salobre y fría.
Mientras arde la llama del pino, sosegada,
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.
Y con tu corazón, el fruto de veneno,
y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
que sólo por ser tuyo me hubiese abandonado.
Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes

lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
si fui triste en las landas y en las tierras clementes,
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
«¿ Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?».

Siendo el amargo goce de que duermas abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera
mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
escuchase a través de la muerte, y me hincara,
deshechas las rodillas, retorcida la boca,
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.
Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
en la carne inocente me hirieran los malvados,
y por la eternidad mis venas exprimieran
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
¡La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en miserere!

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
conmigo entran los míos a la noche que dura.
Y como si pagara la deuda de una raza,
taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes,
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fervientes
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
y mi mano tantea la sábana ligera.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero,

¡Padre nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero.

Desolación.

La dulzura

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente: creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados.

La quietud

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero para él

anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. Quiero destilar como la fruta miel hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos coloreen y laven mi sangre. Para lavarla también yo no odio, no

murmuro, ¡solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con

venas, y rostro, y mirada, y depurado corazón.

«Poemas de las madres», *Desolación*.

Niño chiquito

A Fernando de Castro.

Absurdo de la noche,
burlador mío,
si-es no-es de este mundo,
niño dormido.

Aliento angosto y ancho
que oigo y no miro,
almeja de la noche
que llamo hijo.

Filo de lindo vuelo,
filo de silbo,
filo de larga estrella,
niño dormido.

A cada hora que duermes,
más ligerito.
Pasada medianoche,
ya apenas niño.

Espesa losa, vigas
pesadas, lino
áspero, canto duro,
sobre mi hijo.

Aire insensato, estrellas
hirvientes, río
terco, porfiado búho,
sobre mi hijo.

En la noche tan grande,
tan poco niño,
tan poca prueba y seña,
tan poco signo.

Vergüenza tanta noche

y tanto río,
y «tanta madre tuya»⁵,
niño dormido.

Achicarse la Tierra
con sus caminos,
aguzarse la esfera
tocando un niño.

¡Mudársete la noche

en lo divino,
yo en urna de tu sueño,
hijo dormido!

Ternura.

La religiosidad

△▽



Mi experiencia con la Biblia

Mi primer contacto con la Biblia tuvo lugar en la Escuela Primaria, la muy particular Escuela Primaria que yo tuve, mi propia casa, pues mi hermana era maestra en la aldea elquina de Montegrande. Y el encuentro fue en el texto curioso de Historia Bíblica que el Estado daba a los niños. Aquella Historia tenía tres cuartos de Antiguo Testamento, no llevaba añadido doctrinal y de este modo, mi libro se resolvió en un ancho desplegamiento de estampas, en un chorro de criaturas judías que me inundó la infancia.

Yo era más discípula del texto que de la clase, porque la distracción, aparte de mi lentitud mental, medio vasca, medio india, me hacían y me hacen aún la peor alumna de una enseñanza oral.

Con lo cual, mi holgura, mi festín del Antiguo Testamento tenía lugar, no en el banco escolar sino, a la salida de la clase, en un lugar increíble. Había una fantástica mata de viejo jazmín a la entrada del huerto. Dentro de ella, una gallina hacía su nidada y unos lagartos rojos llamados allá liguanas, procreaban a su antojo; la mata era además escondedero de todos los juegos de albricias de las muchachas; adentro de ella guardaba yo los juguetes sucios que eran de mi gusto: huesos de fruta, piedras de forma para mí sobrenatural, vidrios de colores y pájaros o culebras muertos; aquello venía a ser un revuelto basural y a la vez mi emporio de maravillas. Una vez cerrada la Escuela, cuando la bulla de las niñas todavía llegaba del camino, yo me metía en esa oscuridad de la mata de jazmín, me entraba al enredo de hojarasca seca que nadie pudo nunca, y sacaba mi Historia Bíblica con un aire furtivo de salvajita que se escapó de una mesa a leer en un matorral. Con el cuerpo doblado en siete dobleces, con la cara encima del libro; yo leía la Historia Santa en mi escondrijo, de cinco a siete de la tarde, y parece que no leía más que eso, junto con Historia de Chile y Geografía del mundo. Cuentos, no los tuve en libros; esos me daba la boca jugosamente contadora de mi gente elquina.

Jacob, José, David, la Madre de los Macabeos, Nabucodonosor, Salmanazar, Rebeca, Esther y Judith, son criaturas que no se confundirían

nunca en mí con los bultos literarios que vendrían después, que por ser auténticas personas no me dan en el paladar de la memoria el regusto de un Ulises o del retórico Cid, o de Mahoma, es decir, el sabor de papel impreso entintado. Tampoco se me juntarían mis héroes judíos con las fábulas literarias ni aún con otras leyendas sus hermanas. En mi alma de niña no contó Hércules como Goliat ni la Bella del Monstruo como Raquel, ni más tarde Lohengrin, se me hermanó con Elías. Hubo en mi seso una abeja enviciada en cáliz abierto de rosa de Sarón, es decir, en miel hebrea, y es que el patriarcalismo, siendo un clima humano, ha sido particularmente un clima de Su América. Nada me costaba a mí, en el Valle cordillerano de Elqui, ver sentados o ver caminar, oír comer y hablar a Abraham y a Jacob. Mis patriarcas se acomodaban perfectamente a las fincas del Valle; desde la flora a la luz, lo hebreo se aposentaba fácilmente allí, y se avenía con la índole nuestra, a la vez tierna y violenta, con el rigor de nuestro temperamento rural y por sobre todo, con la humanidad que respira y traspira la gente del viejo Chile.

Pero a mi chilenidad le faltaba una condición soberana del hebreo, la mayor y la mejor: el realismo sobrenaturalista, el Jehová o Dios Padre permeando la vida, desde la mesa hasta la vendimia, entreverándose con nuestros días, mota a mota, y siendo, en fin, el cielo de nuestro amparo. El chileno es racionalmente religioso; en su material de hombre no entra lo visionario ni lo turba mesianismo alguno; se nos trenza con el cantar a lo humano, el cantar a lo divino. Y como yo necesité de este alimento, parece que apenas tuve uso de razón, y con la urgencia de un hambre verídica, de un apetito casi corporal, yo me buscaría esta enjundia en la Biblia y de ella comería toda la vida.

Para comenzar, yo había volteado y cogido, arquetipos judíos en el texto escolar que conté. Pero me los había dado en una versión hartó convencional, y con un sabor desabrido. Y lo bíblico, relato o canto, hay que tocarlo directamente, aunque sea en las traducciones; hasta magullado el espíritu de la lengua hebrea asoma en ellas aquí y allá, como los músculos de un prisionero entre el rollo de las cadenas. Toda traducción es una especie de cuerpo cautivo, es decir, mártir, pero es preferible siempre la traducción a un arreglo escolar de los relatos.

Mi contacto con la lírica judía, que había de ser la lírica de mi nutrimento, lo hizo, cuando yo tenía 10 años, mi abuela doña Isabel Villanueva.

Yo no sé por qué razón, a la altura de esos años de 1898, una vieja católica, de catolicismo provincial, podía ser una chilena con Biblia leída, y no sólo con Biblia leída, sino con texto sacro oral, aprendido de memoria en lonjas larguísimas. Pero a aquella curiosa mujer la llamaban los sacerdotes de la ciudad de La Serena «la teóloga» y tenía una pasión casi maniática de esa cosa grande que es la Teología, desdeñada hoy por la gente banal de nuestras pobres democracias. La frecuentación de la lectura religiosa, que era en ella cotidianidad, como el comer, había construido a esa vieja de 70 años, a la vez fuerte e inválida, de rostro tosco y delicado aun tiempo, chilena en los huesos y medio nórdica en la alta estatura, en color rojo y en ojos claros, la pasión de leer textos bíblicos, había dado a esa abuela profundidad en el vivir y un fervor de zarzas ardiendo en el arenal de una raza nueva.

Mi madre me mandaba a ver a la vieja enferma, y doña Isabel me ponía a sus pies en un banquito o escabel cuyo uso era sólo éste: allí se sentaba la niñita de trenzas a oír los Salmos de David.

La nieta comenzaba a recibir aquel chorro caliente de poesía, de entrañas despeñadas por el dolor de un reyezuelo de Israel, que se ha vuelto el dolor de un Rey del género humano. Yo oía la tirada de Salmos que unas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo, en locas aleluyas que no parecían saltar del mismo labio lleno de salmuera.

Mi abuela no tenía nada de escriba sentado ni de diaconesa pegada a su misa. La vieja diligentemente iba y venía de la salita a la cocina, preparando su dieta de enferma. Y cuando volvía a sentarse, tampoco se quedaba en «mujer de manos rotas», como dice el refrán español. Ella vivía de bordar casullas y ornamentos de iglesias. Sus manos de gigantona se habían vuelto delicadas en las yemas de los dedos y en ademanes por el trabajo de veinte años, gracias al cual ella comía y con el que pagó la escuela de sus hijos mientras crecían; casi todas las casullas de las catorce iglesias de La Serena salían de la aguja de

doña Isabel, que subía y bajaba con el ir y venir del cubo en la noria o de los telares indios, servidumbre eterna, esclavitud sin más alivio que el dominical.

Oyendo los Salmos, no recibía sino un momento su vista sobre mí. Al soltar yo un disparate en la repetición, su mano se paraba de golpe, el bordado caía de la falda y sus ojos de azul fuerte se encontraban con los míos. Corregido el error, ella seguía bordando y yo, entre uno y otro versículo, tocaba a hurtadillas la tela, que me gustaba sobar, por el tacto del hilo de oro duro en la seda blanda.

Yo entendía bastante los Salmos Bíblicos, en relación con mis diez años, pero no creo que entendiese más de la mitad. Un pedagogo francés, sabia gente que cuenta sus clásicos a los niños desde los siete años, diría que lo de entender a medias no es cosa trágica, que lo importante es coger en la niñez el cabo de la cuerda noble y echarse al umbral de un clásico mientras llega el tiempo de entrar a vivir en su casa hidalga.

Entendía yo, en todo caso, algunas cosas de bulto, por ejemplo, que un hombre maravilloso, mi héroe David, gritaba a todo lo ancho del grito su amor de Dios, como si estuviese voceando sobre el rostro mismo de lo Divino. Yo entendía que ese hombre le entregaba a Jehová sus empresas de cada día, pero también sus mínimos cuidados de la hora. Yo sabía que el hombre David tomaba su licencia de Él, lo mismo que yo la de mi abuela, así para pelear como para alegrarse o tocar los instrumentos músicos.

Yo comprendía, con el mismo entender de hoy, que Aquel a Quien se hablaba rindiendo cuentas, a Quien se pedía la fuerza para andar y para resolver, y para capitanear hombres, era el tremendo y suave Dios Padre, el Dios de la nube rasgada, por donde Él veía vivir a su Israel. Yo entendía que la alabanza del Dios invisible que siendo «enorme y delicado», pesa sin pesar sobre cada cosa, era una obligación de loor ligada al hecho de ser hombre, de decir palabra en vez de dar vagido animal, y que cantarlo era el oficio de aquel David que se llamaba Músico y que daba al Señor el nombre de Mayor.

Muchas cosas más entendía, pero las que cuento eran las mayores, y yo creo que ellas fundaban mi alma, me tejían, me calentaban los miembros primerizos de la víscera sobrenatural.

Después del recitado de mi abuela, bastante lento, derretido de fervor, porque nunca lo dijo mecánicamente, aunque se lo supiese como la tabla de multiplicar, venía la parte menos agradable para mí. La angostura de su exigencia de abuela pedagoga. Doña Isabel volvía a comenzar la hebra de versículos, que yo debía ahora repetir y echarme a cuestras de la memoria. Mi memoria siempre fue mala, y sobre todo, incapaz de fidelidad, y yo repetía, saltando a cada trecho palabras propias, de las que mi abuela medio se indignaba, medio se reía. Con su risa blanca en la cara roja, me gritaba de que yo podía trocar cosas en cualquier texto menos en esos, en sus Salmos, en su salterio.

¿Por qué ella, en vez de darme puras oraciones de Manual de Piedad, según la costumbre de las viejas devotas de Coquimbo, le daba a su niñita boba, de aire distraído, lo menos infantil del mundo, según piensan los tontos de la Pedagogía? ¿Por qué le echaba ese pasto tan duro de majar y tan salido de tiempo y lugar, esa cadena de salmos penitenciales y de salmos cantos jubilares? Nunca yo me lo he podido comprender, y me lo dejo en misterio porque me echó al regazo de la infancia el misterio y no lo he tirado como tantos y hasta me he doblado los misterios que recogí entonces, por voluntad de guardar en mí la reverencia, el amor de índole reverencial, la adoración ciega, porque ciega es siempre, de lo Divino.

Mi abuela pasó por mi vida parece que sólo para cumplir este menester de proveerme de Biblia, en país sin Biblia popular, de ponerme esta narigada de sal no marítima, sino de sal gema que fortifica y quema a la vez, a mitad de la lengua. Ella no fue la abuela que viste a la nieta de pequeña, pues no asistió a mi primera infancia. Ella no ayudó a mi madre en ningún cuidado material de su carne chiquita: ella no me cuidó ni sarampión, ni difteria; ella no me vio ser maestra de escuela ni llegaron nunca mis pobres versos a sus ojos rendidos de aguja y Biblia; ella no conoció mi cara adulta, aunque viviría casi 90 años.

Las únicas estampas que yo le guardo son estas de su cara bajada a mí y mi cuello subido a ella, en su porfía por hacer correr de mis sesos a mis tuétanos, los Salmos de su pasión.

Y, sin embargo, a pesar de las pocas briznas de tiempo que ella me dio y del mal destino que nos había de separar, ella, mi Isabel Villanueva, vieja santa para quienes la convivieron, ella sería la criatura más penetrante que cruzó por mi vida chilena. Pasó de veras como un dardo de fuego, por la niñez mía, como el pájaro ardiendo del cuento balcánico, extraña e inolvidable, diferente de cuanta mujer yo conocí, criatura vulgar por la modestia y a la vez secreta como son todos los místicos. Su vida interna era oculta y sólo por un momento, a causa de tal o cual signo que ella no alcanzaba a hurtar, se sabía de golpe que esa mujer del servir y el sonreír constantes, del coser y el bordar con ojos heridos, tenía mucha ciencia del alma y que la industria inefable que es la de pecho adentro, había conseguido logros de culto en esa alma.

El Dios Padre que ella me enseñó, la tenga en su cielo fuerte que no se ralea de vejez. Él le haya dado la dicha que aquí no probó ni en una dedada de miel cananea.

Tiempo después, entre los 15 y los 20 años, y sobre contarle, porque es la aventura de cualquier sudamericano, les digo que anduve haciendo sesguelos estúpidos y dándome tumbos vergonzosos con lecturas ínfimas, del cinco al diez, con novela y veros que eran insensateces de hospicio...

Todo ese vagabundeo entre plebes verbales y escrituras, paupérrimas, toda esa larga distracción, no importaban mucho, nada es muy grave cuando la banalidad manosea sólo en nuestros forros y no llega a la semilla del ser, a hincarse allí por mondarla y tirarla al basurero. La Biblia había pasado por mí y su gran aliento recorría visible o invisiblemente mis huesos, atajada en el punto tal por la torpeza, estorbada más allá por la falta de medio concordante con ella; pero no se había ido de mí, como sale y se pierde nuestro hálito; precisamente a causa de que su naturaleza es la de no irse, cuando se la

absorbió en la infancia y su virtud es la de calar en el hombre y no cubrir sólo de cierto yeso su periferia.

Entre los 23 y los 35 años, yo me releí la Biblia, muchas veces, pero bastante mediatizada con textos religiosos orientales, opuestos a ella por un espíritu místico que rebana lo terrestre. Devoraba yo el budismo a grandes sorbos; lo aspiraba con la misma avidez que el viento en mi montaña andina de esos años. Eso era para mí el budismo, un aire de filo helado que a la vez me excitaba y me enfriaba la vida interna; pero al regresar, después de semanas de dieta budista a mi vieja Biblia de tapas resobadas, yo tenía que reconocer que en ella estaba, no más que en ella, el suelo seguro de mis pies de mujer.

Ella volvía a cubrir siempre con esa anchura que tiene de tapiz tremendo de voces, los tratos y manejos infieles ensayados con lo Divino, ella, a la larga, ganaba en esa pelea de textos orientales que se disputaban mi alma en una lucha absurda, como el de un petrel del aire con el puma de mi quebrada chilena.

Yo no sabría decir cuánto le debo a ella, a mi Madre verbal, a la enderezadora de mi lacidad criolla y a la castigadora de mis renunciadas budistas.

El trato con ciertos libros, pero sobre todo con la Santa Biblia, es intimidad pura y no se puede escarmentarla sin que ella sufra en esta operación verbal lo que una entraña expuesta se dolería en el aire.

Ahora me queda por decir lo formal, que es a la vez lo esencial del contagio de la Biblia sobre mí: pues en lo hebreo andan juntos y entabados como carne y tendón el fondo con la forma.

Los Salmos de mi abuela, y después de ellos mi lectura larga y ancha de la Biblia total, que yo haría a los 20 años, me habituaron a su manera de expresión que se avino conmigo como si fuese un habla familiar que los míos hubiesen perdido y que yo recuperé con saltos de gozo.

Yo sé muy bien que hay en la Biblia muchas líneas de expresión: hay el orden de la crónica, seco y tónico; hay las islas de lo idílico en la historia de José o en la de Ruth; hay el dramático de Job, tan diferente del patético de David; hay el orden clásico del Eclesiastés y los Proverbios, y, para no seguir, hay entre las fragosidades de Ezequiel y Jeremías, las colinas medio doloridas, medio felices de Isaías, puente de cuerda echado ya sobre la orilla cristiana. La riqueza es una de las causas de la fascinación que irradia el Santo Libro y que lleva hacia él a fieles e infieles, a finos y a bastos. La variedad constante evita la fatiga de una Escritura, que pudo tener la pesadez mortal de las otras de su género, de todas las demás; la Biblia llega a parecer una geografía continental, en la cual el caminador, siempre fresco, que la recorre, pasa, en turnos como de mano paterna a mano materna, de esta montaña a aquellos collados y de esos al otro vallecito de gracia. Siempre se anda por la Biblia cogido por el Israel innumerable que, con modo varonil o femenino, a grandes tajos de frenético amar, lucha, crece, duda, protesta y reprende, pero que no duerme nunca, que parece ser la criatura de una vigilia eterna.

Pero existe, en todo caso, un acento bíblico general; hay unos denominadores comunes que valen para aquella masa de documentos colectivos y piezas individuales: existe realmente un verbo hebreo que en el Santo Libro mantiene una columna vertebral, la unidad, o bien el aire de familia entre las figuras del largo fresco.

Para mí -y yo no vengo a decir sino la Biblia mía, en mí- la unanimidad del Santo Libro lo dan estas cosas: el ríscoso tono verídico; la expresión directa que el judío prefiere, en vertical de despeñadero andino, por el que la maldición o la bendición caen a nosotros; una trama constante de violencia brutal y de unas indecibles dulzuras; el realismo que, como el de los españoles, deja circular un airecillo lírico y constante, y sobre todo una intensidad extremada, que no se relaja, no se afloja, no se dobla nunca, verdadero misterio de la expresión esencial, dada en un ardor que escuece la boca. El hebreo de la Biblia, tal vez el hebreo de todo tiempo, es un hombre henchido y ceñido a la vez, que carga el verbo de electricidad de acción, es el que menos ha pecado

contra el baldío de la palabra, el que no cae en el desabrimiento y la lacidad de la expresión.

A los diez años, yo conocí esta vía de la palabra, desnuda y recta y la adopté en la medida de mis pobres medios, a puro tanteo, silabeando sus versículos recios, tartamudeando su excelencia y arrimándome a ella, a la vez con amor y miedo de amor.

Había encontrado algo así como una paternidad para mi garganta, como una tutoría cuando menos en mi amarga orfandad de una niña de aldea cordillerana, sin maestro, y sin migaja de consejo para los negocios de su alma muy ávida, mucho.

De este lote de virtudes expresionales de la Biblia, parece que las que más me hayan atraído sean la intensidad y cierto despojo que no sólo aparta el adorno, sino que va en desuello puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adiposa, la Biblia me prestigió su condición de dardo verbal, su urgido canal de vena caliente. Ella me asqueó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso de bruces a beber sobre el manadero de la palabra viva, yo diría que me echó sobre un tema a aspirarle pecho a pecho el resuello vivo.

La ciencia de decir en la Biblia, el comportamiento del judío con el verbo, aun considerada aparte del asunto religioso, es una enorme lección de probidad dada por Israel a los demás idiomas y a las otras razas. El acento de veracidad de la Escritura, de que hablan los críticos, es lo que en gran parte, ha hecho la actualidad permanente de la Biblia, esa especie de marcha ininterrumpida del Santo Libro a través de los tiempos más espesos de materia y más adversos a su orden sobrenatural.

Había en los antiguos tiempos, en ciertos cruceros geográficos del Viejo Mundo, unos lugares de convocación, sitios cruciales de cita donde se juntaban los diferentes, para hablar de algún negocio eterno o temporal.

Vosotros hebreos y nosotros cristianos poseemos, queramos o no confesarlo, un lugar de convocación, especie de alta y ancha meseta tibetana, en la cual encontrarnos, vernos el rostro, ensayar siquiera el cerco de la unidad rota; en el cual podemos, sin desatar entero el nudo de nuestro conflicto, ablandar el filo de la tensión y este país o este clima moral, es, en la Biblia, vuestro Viejo Testamento que nos es común, común, común.

Ay, gozo fresco para nosotros y, anchura dulce, la de esta abra de reunión donde podemos, con los ojos puestos en los ojos, comer igual bocado de oro en nuestro Job, ciudadano del dolor, en el Jacob, abajador de la Tierra al cielo y en el David, que tañía, tañedor mejor que el salterio, el corazón del género humano.

Hay una alegría grande entre las mayores que fue pulverizada por el vanidoso Siglo XIX y es la de provocar masa y también multitud. Yo soy no poco tribal, o si queréis medioeval, en todo caso, amiga de comunidad por serlo de comunión, y siento no sé qué euforia viviendo una hora de lo que llama la Iglesia, «la comunión de los Santos». Parece que esta dicha sólo podemos lograrla y disfrutarla si acudimos a esos puntos de convocación de que he dicho, como la Biblia, o las viejas leyes universales.

Por eso he querido hablarles, como quien dice de la peana de la unidad nuestra, y os he traído esta conferencia vergonzante, sin sentir el bochorno de mi torpeza con tal de que, a lo largo de esta hora, nuestra sangre estuviese batiendo unánime sobre el mismo asunto inmenso e íntimo, terrenal y divino.

Revista de la Sociedad Hebraica Argentina, Buenos Aires, mayo y junio de
1938.

La Biblia

Libro mío, libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero. Tú me has enseñado la fuerte belleza

y el sencillo candor, la verdad sencilla y terrible en breves cantos. Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Ruth, Job, Raquel, y María. Con los míos éstos son toda mi gente, los que rondan en mi corazón y en mis oraciones, los que me ayudan a amar y a bien padecer. Aventando los tiempos entre vosotros, soy vuestra como uno de los que labraron, padecieron y vivieron vuestro tiempo y vuestra luz.

¿Cuántas veces me habéis confortado? Tantas como estuve con la cara en la tierra. ¿Cuándo acudí a ti en vano, libro de los hombres, único libro de los hombres? Por David amé el canto, mecedor de la amargura humana. En el Eclesiastés hallé mi viejo gemido de la vanidad de la vida, y tan mío ha llegado a ser vuestro acento que ya ni sé cuándo digo mi queja y cuándo repito solamente la de vuestros varones de dolor y arrepentimiento. Nunca me fatigaste, como los poemas de los hombres. Siempre eres fresco, recién conocido, como la hierba de julio, y tu sinceridad es la única en que no hallo cualquier día pliego, mancha disimulada de mentiras. Tu desnudez asusta a los hipócritas y tu pureza es odiosa a los libertinos. Yo te amo todo, desde el nardo de la parábola hasta el adjetivo crudo de Los Números».

Texto escrito por Gabriela Mistral en un ejemplar de la Biblia que llevaba siempre consigo.

Dios lo quiere

- I -

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.
El mundo fue más hermoso
desde que me hiciste aliada,
cuando junto de un espino

nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!
Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho
¡y en la puerta de mi casa
quiebra la mano al mendigo
y avienta a la atribulada!

- II -

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un ciervo,
te sigo por las montañas...
A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas,
mas, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

- III -

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

- IV -

Si te vas, hasta en ios musgos
del camino rompes mi alma;
te muerden la sed y el hambre
en todo monte o llanada
y en cualquier país las tardes
con sangre serán mis llagas.

Y destilo de tu lengua
aunque a otra mujer llamaras,
y me clavo como un deajo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes,
¡por mí solamente clamas!

- V -

Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

Desolación.

Arte poética

△▽



Cómo escribo

Las mujeres no escribimos solemnemente como Buffon, que se ponía para el trance su chaqueta de mangas con encajes y se sentaba con toda solemnidad a su mesa de caoba.

Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa o escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí...

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros. Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado, cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos...

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma...

Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otras cosas... He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba Don Miguel el vasco, la «lengua conversacional».

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aún así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar; siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona bastante desordenada. El orden parece regalarme espacio, y este apetito de espacio lo tiene mi vista y mi alma.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos.

La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma; pero la ajena mucho más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre; me defienden la infantilidad del carácter, me aniñan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí, sencillamente, un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Es todo cuanto sé decir de mí y no me pongáis vosotros a averiguar más...

Texto leído por Gabriela Mistral,

en una tarde de enero de 1938, en Montevideo.

El decálogo del artista

- I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.
- II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.
- III. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.
- IV. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.
- V. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ellas, porque la Belleza es virgen y la que está en las ferias no es Ella.
- VI. Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a ti el primero.
- VII. Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres.
- VIII. Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu corazón.
- IX. No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista.
- X. De toda la creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño, e inferior a ese sueño maravilloso de Dios que es la Naturaleza.

Desolación.

Voces sobre Gabriela

△

Gabriela Mistral

La poesía de Gabriela Mistral es nerviosa y firme. No hay en ella vagidos temerosos, sensiblerías femeninas ni actitudes hieráticas. Surge de sus robustos poros la savia torrentosa de ideas macizas y profundas, reveladoras de las fuertes pasiones que encierra, y que cubre sus desnudeces con vestiduras dignas de su abolengo. [...]

Su labor, relativamente escasa pero segura y definitiva, la ha colocado, y no tememos declararlo a pesar de los orgullos que se sentirán atropellados, a la cabeza de ese grupo de seis personalidades que son los más grandes poetas que ha tenido Chile en todos sus tiempos, y que en otra ocasión señalaremos.

Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya.

Presencia de Gabriela Mistral

Siendo Directora del Liceo N.º 6 de Niñas de Santiago, le llegó la invitación del Gobierno de México, la cual hizo noticia continental y permanente ya que ese país significó en su persona el más alto homenaje de fraternidad a Chile.

Contar los actos que en su honor y servicio se le hicieron a Gabriela Mistral con caracteres de acontecimiento, llenos de conmovedores detalles, sería inacabable.

Apuntamos, sí: se le invitó a ella y a una secretaria con todos los gastos pagados; se le instaló una casa-vergel; su arribo fue una apoteosis sin precedentes en México.

Simbólicamente se le entregaban las llaves de las ciudades por donde pasaba. Se edificó y se puso su nombre a una Escuela-Hogar e igualmente a la más grande y moderna Escuela Primaria. Se designó con su nombre a infinitos otros planteles, calles, bibliotecas, centros culturales, etc. Se le erigió una estatua.

Homenajes y finezas ininterrumpidas a lo largo y parejo de dos años a los que se extendió la invitación que originariamente era de seis meses.

Se le fijó una renta mensual en oro para hacer la labor que ella quisiera, la que se le prolongó en Europa, en iguales condiciones. En cuanto a mí, que fui de secretaria, y Amantina Ruiz que también fue con nosotras, mis servicios sobraron, porque se puso a su disposición para servirla en ese cargo a la maestra más capacitada de la Universidad, la Srta. Palma Guillen, y a un equipo de taquígrafas y dactilógrafas.

Yo entonces solicité, y obtuve trabajar en el Servicio de Misioneros de Cultura Indígena lo que me permitió recorrer gran parte de la tierra mexicana.

Gabriela Mistral en su poesía

Toda aproximación al mundo poético de un gran escritor puede realizarse por varias vías. Sería así posible penetrar en el espíritu de la poesía de Gabriela Mistral siguiendo el más transitado de los caminos, el de los versos simples, infantiles, inspirados en un sentimiento maternal de la criatura humana y aun de las cosas del cosmos, como lo hiciera por ejemplo, Paul Valéry, cuando escribió el ensayo que sirve de prólogo a una de las ediciones de los versos de nuestra poetisa.

Naturalmente, Gabriela Mistral era eso y algo más en su poesía de tan variados acentos. Fue también la poetisa de una ardiente pasión y, si la pasión hace posible un conocimiento que no podría haber sido conquistado sin ella, forzoso es reconocer que ella poseía una visión personal del mundo, dentro de la cual cada objeto, cada palabra, cada gesto del lenguaje encaman un valor único que llega hasta nosotros como una revelación auténtica. Hay creaciones artísticas que surgen de una identificación de ser, obra y vida. En tales casos, llega el espíritu creador, por medio de su obra, a una suerte de lucidez apasionada. Así sucedía con Gabriela Mistral.

Luis Oyarzún.

Interpretación de Gabriela Mistral

Un cardenal despidió sus restos en el hemisferio norte, otro los recibió en su iglesia del hemisferio sur y, durante el viaje, bajo las nubes, sobre la tierra, Embajadores y Presidentes, los poderes públicos, autoridades civiles, militares, docentes, eclesiásticas, cuanto cada país tiene de representativo y superior, le tributaron honores sin paralelos.

Un diario ha hablado de canonizarla. En respuesta a un libro que en Chile la llamó Divina, en Ecuador la han llamado Santa.

La extraordinaria intensidad de expresión que alcanzan los poemas eróticos de Gabriela Mistral, esos llamados vibrantes en que exhala todo el ser permiten calcular el ímpetu de su primer amor. Sólo la Biblia en que bebió a raudales, curada ya de Vargas Vila, satisfacía su vehemencia y, en sus estrofas, las metáforas ardientes suceden a gritos de pasión, como no se habían escuchado en lengua castellana. Sólo fuera de Chile, conoce Gabriela Mistral la paz, empezando por la no menos importante: la paz económica. Ni la flor otorgada a sus «Sonetos de la muerte» en los Juegos de 1914 ni sucesivos ascensos en su carrera pedagógica la habían liberado del yugo profesional.

Alone.

Yo conocí a Gabriela Mistral

La vi llegar a su patria después de 16 años de ausencia. Gabriela, vestida de tonos tristes, adusta la cabeza gris de lisos cabellos, pálida sin una joya, sin otra gracia humana que la de su alma revelándose, llena como de la fatiga y con parcas, fraternales palabras. Fue el 9 de septiembre de 1954, cuando nuevamente la invitaba el Gobierno de Chile para rendirle honores, otorgarle el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile, creado para ella, declararla huésped ilustre de las ciudades que visitaba desde Valparaíso hasta su propio valle de Elqui, en el norte, y ensalzarla y vitorearla y decirle de viva voz la admiración de la patria suya por cuanto había estado dando de sí a la poesía y a las relaciones humanas.

Venía en barco y en cada puerto chileno que tocó hubo para ella homenajes. Las Municipalidades le dieron medallas de oro en recuerdo, los escolares la rodearon, el pueblo la redescubría. Santiago estaba esperándola con la declaración oficial de día festivo. El Ministro de Educación fue a recibirla acompañado de altos funcionarios. Un tren especial en que viajó al lado de su

gran amigo de siempre Hernán Díaz Arrieta (Alone), crítico, admirador de su obra, se vio escoltado a todo lo largo del trayecto entre el puerto y la ciudad, por largos cordones de escolares, que de todas partes acudieron a verla pasar.

Luz Machado de Arnao.

Gabriela Mistral

Mi primer contacto con ella fue la lectura de aquellas pocas poesías que hacia 1920 traspasaron las fronteras de Chile y se reprodujeron en periódicos de América y de España. Tuve al leerlas la impresión inequívoca de encontrarme ante un valor nuevo de primer orden en la literatura de nuestra lengua. Prueba de ello es que muy pronto, en febrero de 1921, di una conferencia en el Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia acerca de esta escritora nueva, desconocida entonces para aquel público. Los estudiantes y maestros de español que lo formaban, al saber que las poesías de aquella escritora, amada de ellos desde el primer momento como escritora y como maestra, eran inaccesibles por no haberse publicado en forma de libro, decidieron espontáneamente hacer una edición de ellas, dando así expresión a su admiración y simpatía por la compañera del sur. Así nació la edición primera de sus poesías, juntas bajo el título de Desolación, hecha en 1922 con el consentimiento de la autora, que yo obtuve dirigiéndome a ella en nombre de los maestros norteamericanos de español.

Federico de Onís.

Comienzos de Gabriela Mistral

Gabriela Mistral la miró con su mirada verde. Y la profesora largó el llanto. Lloró a gritos, con alaridos, convulsionada; corrió a su cuarto y durante una hora o más pasaba del sollozo al lamento.

Esta criatura tan alta, sonriente pero seria, absorbida por ideas y propósitos ideales, aparece ante muchas de sus adoradoras como ser desvalido. Hay quien ata el cordón de su zapato; quien la ayuda a vestirse. Alguien hace por ella pequeñas o grandes diligencias. Rara vez anda sin compañía. Numerosas personas de cerca o de lejos, velan por su ventura y, si algo amargo le sucede, recíbenlo como daño personal.

¿Por qué suscita tan grande admiración en este país sin héroes?

Del cabello al pie todo en ella es sencillo y austero. Tiene grandes ojos verdes, muy límpidos; nariz aguileña, boca que se deprime en las comisuras y color blanco cobrizo. Al hablar mueve sus manos albas, de largos y bien formados dedos. Anda con paso lento y señorial. La voz, agradable y monótona, gotea. En su feminidad hay algo de trascendente. El asunto más pueril en otra boca fluye de la suya con sustancia. Mana de su naturaleza autoridad y envuelve cuanto expresa. Habla del campo, la política, de mil asuntos. No siempre está contenta de lo que acaece. Jeremías sopla por su espíritu. Mejor sería decir que rara vez lo está. Es un poquitín pesimista. Dentro de ella hay un angustiado reformador. Aunque diga sus ocurrencias sin alzar el tono, nada se pierde, la tertulia absorbe el sentido, la voz y el gesto. ¿Es muy importante lo que dice? Pocos estarían dispuestos a jurarlo. Quizá sea el acento, la fuerza con que brota desde adentro, y también un como respeto a las palabras, los que dan a sus juicios tan ardiente sugestión. Dice las palabras colmadas, tal como se crearon.

José Santos González Vera.

Carta de José Vasconcelos a Gabriela Mistral

En México ninguna mujer es más querida y admirada que Ud.

Usted es un resplandor vivo que descubre a las almas sus secretos y a los pueblos sus destinos. Así, no la concebimos como a una gloria de cenáculo sino como una presencia que borra todo recuerdo extraño...

Si yo siguiera diciéndole todo lo que México siente y todo lo que espera de Ud. no terminaría nunca. Ud. misma va a mirar muchas cosas que tal vez nosotros no hemos visto y Ud. no se sentirá cohibida para decirnos su pensamiento, porque por encima de sus sentimientos, de su cortesía, están sus deberes de maestra que dice la verdad conforme a su limpio corazón.

José Vasconcelos.

El primer libro de Gabriela Mistral

Su persona irradia tal poder espiritual que sobrecoge. Ya no se duda. Confieso que cada vez que me hallo en su presencia, siento el dominio. Un fluido emana de ella. Tiene el verbo en la mirada, el verbo del gesto, el verbo del callar, el verbo de las manos. Algo imposible de resumir en elementos objetivos, fórmale atmósfera. Somos asidos, presos. Por momentos, nos sentimos incómodos; un respeto parecido al miedo nos desordena el pensamiento. Tememos responderle algunas cosas sin lograr la palabra que ciñe y valoriza exacta y alumbradamente las ideas, como ello lo hace. A no ser por su bondad, por su risa limpia de toda torcida intención, por su jugar de niña estalla y nos alivia y entona, huiríamos, cansados como si nuestra sensibilidad hubiese sostenido mucho rato una presión agobiadora.

Quien no lo haya experimentado, quien carezca de capacidad para recibir la grandeza de su obra, niegue.

Eduardo Barrios.

Himno a Gabriela Mistral

En ella se da la ira profética contra los horrores amontonados por la historia; se dan la fe, la esperanza y la caridad; la promesa de una tierra mejor para el logro de la raza humana; la mano que traza en el aire los pases mágicos, a cuyo prestigio relampaguea ya la visión de un mundo más justo.

Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con sus caricias las risueñas laderas; y por encima de las miserias naturales, depositaría y emisaria de la salud y el alimento -Ceres trasmutada al orden del espíritu- yo le ofrecería el sacrificio de la pankarpia, amasada con todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas.

Alfonso Reyes.

Gabriela Mistral

Entre todos los seres a quienes se ama o se admira en el curso de su existencia, hay algunos particularmente excepcionales cuyo encuentro consideramos como un privilegio que nos acuerda el destino.

Gabriela Mistral era para mí uno de esos seres y jamás llegará a borrarse el recuerdo de las ocasiones ¡ay, demasiado escasas! que tuve de verla. Sobre todo la primera vez al serle presentado no fue precisamente la cortesía mundana la que me hizo bajar la cabeza ante ella, no, sino la prodigiosa autoridad que emanaba de su persona y que se mezclaba íntimamente con los efluvios de la evangélica bondad revelada por su sonrisa. Un sentimiento religioso, en realidad de verdad, el anhelo de rendirle homenaje, y también de saber... Y de servirla. Y no me asombré, ni mucho menos, cuando la encantadora Palma Guillen me mostró sus bienes terrenales, que cabían en una breve maleta: un vestido de noche y una máquina de escribir, instrumentos necesarios a los mementos. Esta niña había dejado su México natal, para consagrarse a Gabriela y para asistirle. Aún me asombra que la poetisa de

Desolación, de Tala y de Lagar y la maravillosa escritora de las Materias, me haya brindado ese día su amistad, porque nada había hecho.

Francis de Miomandre.

La muerte de Gabriela Mistral

No creo que haya leído mucho ni entendido bastante la literatura que Gabriela Mistral creó, y que ahora deja al pueblo de Chile como señalado patrimonio y extraordinaria herencia. Hay que entrar con reposo y con ímpetu en su poesía, en su prosa tan rica y tan dura como quebradas rocosas de nuestro territorio, llenas de misteriosas maderas, sarmientos encrespados, visitación de pájaros. [...]

El viento, el mar, los árboles, todo lo que canta en nuestra tierra, cantarán al recibirla para siempre, el único coro digno de Gabriela Mistral.

Pablo Neruda.

El pan, la sal y la piedra

(Gabriela Mistral. 1889-1957)

Celebramos este año 1989 el centenario del nacimiento de Gabriela Mistral. A pesar de los lazos que la unieron a nuestro país, la fecha ha pasado casi desapercibida entre nosotros. Hoy se lee poco a Gabriela Mistral; su obra no padece en el purgatorio de la literatura sino en su limbo. Este olvido es un signo más, de la frágil memoria histórica de los hispanoamericanos. La poesía de Gabriela Mistral es un manantial que brota entre rocas adustas en un alto paisaje frío pero calentado por un sol poderoso; olvidarla es olvidar una de nuestras fuentes. Más que una falta de cultura es un pecado espiritual. Pero las

quejas y las imprecaciones son vanas. Recordaré solamente que, entre los escritores hispanoamericanos que vivieron en México en los primeros años de la década de 1920, invitados por José Vasconcelos, entonces ministro de Educación de la joven revolución mexicana, Gabriela Mistral fue la figura más destacada. La otra gran figura, Haya de la Torre, pertenece al mundo de la política. La presencia de Gabriela Mistral en la patria de Sor Juana Inés de la Cruz fue, más que una coincidencia, una verdadera rima histórica y literaria: son las dos grandes poetisas de nuestras tierras. Mejor dicho: de la lengua española, pues Santa Teresa es notable por su prosa y Rosalía de Castro es, sobre todo, una poetisa gallega. [...]

Octavio Paz.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo